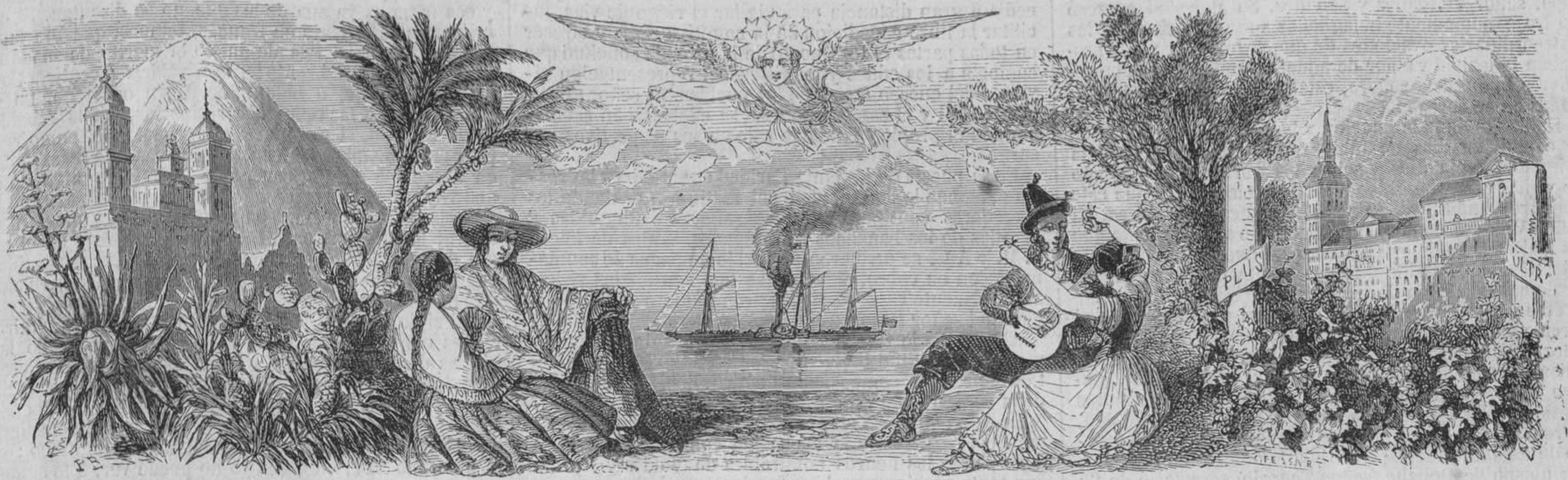


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 21. — N° 518.

SUMARIO.

Episodios del viaje de la reina de España por las provincias de Andalucía; grabado. — Madama de Sevigné. — El tratado franco-annamita; grabados. — Teatro imperial del Odéon; grabado. — Las fiestas de Todos Santos en Castellón de la Plana; grabado. — Revista de París. — Descripción de la ceremonia verificada con motivo del aniversario del nacimiento de Lope de

Vega. — M. Chaix-d'Est-Ange; grabado. — El aparato de M. Bazin; grabado. — M. H. Rose; grabado. — Distribución de recompensas en Apt; grabado. — El mejor amigo, — Carolina la bella. — Grupo de plata regalado á M. Freyre Orban; grabado. — El puerto de Kiel; grabado. — Las minas del Monte-Calvi y del Acqua-Viva; grabado. — El poeta Luis Uhland; grabado. — Alejandro Enrique Mouhot; grabado. — José Estevao de Coelho Magalhaes; grabado. — España en Londres. — Problemas de ajedrez; grabado. — Don Francisco Solano Lopez; grabado. — Temporales en Marsella; grabado.

Episodios

DEL VIAJE DE S. M. LA REINA DE ESPAÑA POR LAS PROVINCIAS DE ANDALUCIA.

Ya hemos hablado en este periódico del entusiasmo extraordinario que la presencia de S. M. la reina de España habia excitado en Andalucía. Hé aqui, sobre su estancia en Sevilla, la relacion de las visitas hechas por



VIAJE DE LA REINA DE ESPAÑA. — Visita de S. M. al hospital de Sevilla.

Su Majestad á diferentes monasterios y establecimientos de beneficencia de aquella ciudad, siendo acogida en todas partes con muestras del mas afectuoso cariño.

Anteayer (dice una carta del 21 de setiembre), despues de recibir S. M. al cabildo eclesiastico y capilla real y de dirigirse al dean con afabilidad suma, recibió la comision del ayuntamiento presidida por el alcalde presidente y compuesta de los señores Diaz, Ascarza y Mejías, con el cronista de la ciudad y archivero municipal, señor Velazquez y Sanchez. Su Majestad expresó en frases sumamente halagüeñas su satisfacción por las extraordinarias ovaciones de que era objeto, y que probaban la lealtad y amor de aquel vecindario, las cuales, añadió la augusta señora, estaban indeleblemente grabadas en su corazón.

Hablando de la animacion y bellisimos panoramas de la capital en dias de júbilo tan intenso, manifestó la reina que hacia diez y seis años abrigaba el proyecto de visitar á sus queridos hijos los andaluces, y que este viaje respondia á una de sus ilusiones mas gratas. El señor Vinuesa contestó lacónica pero sentidamente que Su Majestad podia estar segura de que Sevilla merecia y justificaba el cariño y reiterados favores de sus reyes desde antiguo y sin desmentir jamás sus tradiciones.

Tras de las recepciones y dando el brazo á S. A. el serenísimo señor duque de Montpensier, y siguiendo Su Alteza Real la serenísima señora infanta Doña Maria Luisa Fernanda y la egregia infanta, hija de S. M., púsose en marcha la comitiva, componiéndola los señores presidente del Consejo de ministros duque de Tetuan, marqués de la Vega de Armijo, general Zavala, ministro de Estado, arzobispo de Cuba, confesor de S. M., señor obispo de Doliche, señor Tenorio, secretario de Su Majestad, y alta servidumbre con los señores gobernador civil, capitán general y comision del ayuntamiento.

Un innumerable concurso agolpabase con avidez frente al palacio de San Telmo desde las primeras horas de la mañana, y al aparecer S. M. prorumpió en un viva asordador, inmenso, y que repitieron cincuenta mil voces de otras tantas personas que formaban dos compactas filas en el tránsito de la corte, anunciado al pueblo de Sevilla por su alcalde en hoja suelta extraordinaria y en edictos fijados en las esquinas.

Entre vitores, flores arrojadas desde balcones y terrados en profusion y seguido el carruaje real por jóvenes del pueblo, ondeando banderas con los colores nacionales y blancas con la inscripcion *viva Isabel II*, llegaron los visitantes excelsos al monasterio de Santa Inés, á cuya puerta fueron entregados á S. M. varios memoriales, que fueron recogidos con agrado por la soberana española.

La comitiva penetró por la puerta claustral, dirigiéndose al coro, y al atravesar la galería con balaustrada que le antecede, lo hizo por entre las madres, novicias y educandas, llenas de alborozo por la honra que su convento recibia.

El *Te Deum*, entonado por las cantoras al eco majestuoso del órgano, hizo inclinarse todas las frentes en el recogimiento religioso mas profundo.

Terminado el sublime cántico mostraron á S. M. el cuerpo de doña Maria Coronel en la urna donde incorrupto yace, y el serenísimo señor duque hizo notar las particularidades históricas concernientes á la célebre doña Maria.

Aunque estaba determinado en la órden del dia visitar el beaterio de la Santísima Trinidad, hubo de remitirse á mejor ocasion por la urgencia del tiempo en las demás visitas acordadas; encaminándose la comitiva hacia el hospital de la Sangre, fundacion de la ilustre sevillana doña Catalina de Rivera, hoy central y militar en uno de sus departamentos.

La travesía de S. M. desde el monasterio de Santa Inés hasta la puerta de la Macarena, fué un homenaje continuo de todas las clases y de todas las edades, pues cuando se detuvo el coche regio en el vestibulo del hospital, tardaron cinco minutos en desembarazarle de flores, plantas odoríferas y lazos con los colores del pabellon nacional.

Esperaban á la reina los señores de la hospitalidad, cuerpo de facultativos civiles y militares, superiora de las hermanas de Caridad de San Vicente de Paul y empleados en el ramo de beneficencia. El pueblo seguia aclamando con entusiasta exaltacion á S. M. y AA., tremolando pendoncillos, banderas y estandartes con los colores del pabellon nacional, y resistiendo á contenerse detras de las filas que interceptaban el paso á veinte mil personas, agitando al aire pañuelos, sombreros y banderines, mezclandose la noble dama a la jovial hija del pueblo, y el caballero principal a los mozos del barrio de la Macarena, asociados en un holocausto propio á la reina de las Españas y su excelsa familia.

En la iglesia del hospital se entonó el *Te Deum* por una selecta capilla, y despues del sagrado himno pasó nuestra graciosa soberana con SS. AA. RR. y los señores don Pedro Garcia de Leaniz y don Luis Segundo Huidobro, individuos de la junta de hospitalidad, a las salas de medicina del departamento asignado a hombres, intituladas de San Francisco de Paula y Amor de Dios, y á la de mujeres bajo la advocacion de Santa Catalina. De allí fueron los augustos visitantes a la sala de cirugía, que lleva el esclarecido nombre del cardenal Cisneros, mostrandose S. M. en extremo lisonjeada del esmero, pulcritud y órden de salas y camas y celebrando el edificio, su distribucion y arreglo. Visitadas las habitaciones de las hermanas de Caridad y su lindisimo oratorio, pasó la comitiva á las oficinas del establecimiento, admirándose en ellas el método y el aseo mas escrupulosos.

El hospital militar fué visitado tambien por Su Majestad y Altezas.

Desde el hospital central á la casa de misericordia del venerable siervo de Dios don Miguel de Mañara, hay un trecho largo que comprende como una tercera parte del circuito de la capital por sus afueras, y en todo el arrecife habia grupos compactos de gente apostada para ver y saludar con aclamaciones á la real familia. La comision del ayuntamiento, con el señor alcalde, precedia á gran distancia para vigilar el riego de vias, facilitar la libre expedicion de la comitiva regia y ofrecer en todas partes el testimonio de la pródiga solicitud que compete a los ediles y magistrados, representacion viviente del cuerpo moral de los pueblos. El señor gobernador civil y el capitán general se adelantaban asimismo con el propio y laudable celo en sus respectivos encargos.

En la puerta de la Santa Caridad aguardaba á las reales personas la hermandad del Instituto, poblando los corredores contiguos infinitas señoras distinguidas y familias de los benéficos congregados. Antes de llegar S. M. y AA., se arrojaron al pueblo monedas de conmemoracion en cobre, distribuidas tambien en las visitas anteriormente reseñadas y en gran número por disposicion del señor Garcia Vinuesa.

Al apearse la familia real se arrojaron de balcones y ventanas multitud de ejemplares de una delicada, sentida y preciosa composicion poética, debida á la pluma de la señora doña Antonia Diaz de Lamarque.

La reina entró en el templo de la casa piadosa, y despues del *Te Deum* y la adoracion contempló con marcado placer los lienzos admirables de Valdés y Murillo que tanto precian aquel santuario; oyendo breves pero luminosos detalles de boca del Sermo. señor duque de Montpensier, cicerone sin precio en ilustracion artistica y conocimientos especiales.

De la iglesia pasó la regia señora al hospital, besando la mano al pobre mas antiguo de la casa: ceremonia edificante que arrancó un viva frenético á todos los conmovidos espectadores de tan noble acto de humildad evangélica. Levantada el acta de ingreso de S. M. en aquel asilo de la desvalida humanidad doliente, firmose por la reina y los Sermos. señores duques, ministros de la corona y altos personajes, guardando en su archivo la respetable hermandad este documento entre sus timbres mas altos, para que acredite á los tiempos futuros la huella del paso de la Segunda Isabel por los ámbitos de aquel refugio de menesterosos.

Aceptado el refresco prevenido por los hijos de Mañara y empleando espacio brevisimo en la estancia dispuesta al efecto, S. M. y AA., tributando los debidos elogios á la hermandad por el cumplimiento de sus delicados deberes, volvieron á subir á su carruaje, y entre los incesantes vitores del pueblo recorrieron el paseo del rio, dando vuelta á los nuevos jardines que hermean las *Delicias*, erigidas por el asistente Arjona.

Su Majestad despidió a la comision del municipio con una amabilidad pródiga en honrosa confianza, invitando á su mesa al señor alcalde entre las primeras autoridades de la provincia, repitiendo sin tregua que estaba plenamente convencida del cariño y los hidalgos sentimientos de los sevillanos, y que jamás podria olvidar su corazón materno testimonios tan inequívocos de adhesion y lealtad.

Madama de Sevigné.

Las *Cartas* de esta célebre escritora del llamado siglo de Luis XIV son todavía en Francia objeto de un entusiasmo que francamente, me parece muy difícil de comprender. Algunas veces me he atrevido á dudar si ese entusiasmo seria sincero; ya no lo dudo, pero siempre le he tenido y sigo teniéndole por muy injustificado. Mas que entusiasmo debería llamarse idolatria el sentimiento que inspiran á los franceses los escritos de madama de Sevigné: los elogios que se han hecho de ellos, las ediciones en que se han reproducido, los comentarios á que han dado ocasion, no tienen limites. Unos la han llamado la primera escritora de su siglo; otros, uno de los mas grandes y seductores ingenios de todos los siglos; pero no recuerdo que nadie haya justificado siquiera con una apariencia de razon tan hiperbólicos encomios. Yo bien sé que la *belleza* literaria, lo mismo que la *belleza* artistica, no se demuestra como una proposicion matemática; que lo bello es bello, *porque lo es*, y que es tiempo perdido el que se emplea en probar que las *Geórgicas* de Virgilio, por ejemplo, una de las obras humanas mas perfectamente bellas que existen, deben agradar. La organizacion bastante desgraciada para necesitar esa prueba, que por cierto no es imposible ni mucho menos, lo será tambien y con mas motivo para no comprenderla y, por consiguiente, para no dejarse convencer por ella. Es pues inútil. Pero porque esto sea cierto, aplicado a las *Geórgicas*, ya que he citado este ejemplo ¿ha de serlo igualmente si se aplica á todas las obras que *algunos*, que *muchos* si se quiere, juzgan admirables y otros no? ¿Podrán los primeros dar victoriosamente a los segundos por respuesta, cuando les pidan la prueba del mérito de esas obras, que tal prueba es innecesaria, porque la *belleza* se siente y no se demuestra? No lo creo, sobre todo cuando puede demostrarse facilmente que faltan del todo ó escasean á lo menos en las obras de que se trata, ciertas condiciones esenciales de la *belleza* literaria.

En este caso están, me parece, las tan celebradas *Cartas* de madama de Sevigné.

Conozco que esto que digo y lo demás que voy á añadir sonará desagradablemente en los oídos de muchos de mis lectores, familiarizados desde la juventud con la admiracion tradicional de que es objeto aquella escritora: la aureola de gloria de que han logrado rodearla los franceses ha pasado en autoridad de cosa juzgada al dominio público en las literaturas de todos los países, y esa fama es ya una de las que no se discuten. Si escribiera este artículo en francés, temeria que me lapidaran. ¡Poner en tela de juicio el mérito de madama de Sevigné! ¡Cielo santo! Tanto valdria discutir á Corneille, a Moliere, á Lafontaine. Y sin embargo, tal es mi aversion á las opiniones rutinarias, tal la rebeldia de mi espíritu, si se quiere, que respetando, como respeto profundamente á los dos primeros, me reservo decir algun dia del tan cacareado Lafontaine algo de lo que voy á decir de madama de Sevigné, esto es, que le considero muy inferior á su reputacion, — y que si ni el uno ni la otra hubieran escrito en francés y en el siglo de Luis XIV, esa reputacion seria incomparablemente mas modesta, mas ajustada al verdadero valor de sus escritos.

¡El siglo de Luis XIV! hé aquí otra de las admiraciones convencionales que yo no acepto, otra de las glorias de relumbron en que mi espíritu rebelde cree descubrir mas oropel que oro fino, mas fantasmagoria que verdad. Los franceses están tan fanatizados con ese triste período de su historia que todo lo que se refiere á él les parece por eso solo doblemente magnífico: el mismo Luis XIV, en quien yo no puedo ver, a lo sumo, mas que una especie de pavo real, es para ellos un águila. No es ocasion esta de juzgarle históricamente: demostrados están hasta la saciedad sus errores tan desastrosos para la Francia, hijos los mas de una vanidad monstruosa y de un egoismo mas monstruoso todavía. Entre los manuscritos que se conservan en la biblioteca imperial de San Petersburgo, he visto uno curiosísimo, que da la clave de lo que una mala naturaleza, empeorada por una perversa educacion, llegó á hacer de aquel rey: es una *plana*, como se dice en las escuelas, escrita toda del puño y letra de Luis XIV cuando era niño y aprendia á escribir, en que se repite desde el primero hasta el último renglon esta profunda sentencia:

L'hommage est dû aux rois: ils font ce qu'il leur plait.

Que traducida al castellano, significa: *Todo homenaje es debido á los reyes: hacen lo que les da la gana*. Amantado con tales principios, no es extraño que fuese... lo que fué. El que eso escribía de niño, natural es que dijese de hombre: ¡El Estado soy yo!

Confieso que tampoco me inspira la menor simpatía una época bastante degradada para ver en semejante rey un semi-dios; época de servilismo abyecto cuya pestilente atmósfera empañaba en alguna ocasion hasta la gran figura de Bossuet. ¡Nuevo Teodosio, nuevo Constantino, nuevo Carlomagno! — llama en la Oracion fúnebre por el canceller Le Tellier al egoista absurdo y cruel que para redimir sus pecados, revocó el edicto de Nantés. Entristece y avergüenza ver á tan alto ingenio rebajarse tanto.

Dicen los apasionados de aquella época que fué *muy brillante*, y lo creo: muchos caudales disipó efectivamente en locas prodigalidades, pero yo no me pago de todo lo que reluce. Lo que yo creo, mas bien, es que aquella época recogió la herencia de los tiempos de la Fronda, período fecundo que en todos ramos produjo verdaderos grandes hombres, — Corneille, Descartes, Pascal, el príncipe de Condé, el Pusino: — por eso, verdaderamente gloriosa en sus principios, fué tan miserable en sus últimos tiempos. Veo tambien que disipó, hija impróvida, lo que habia heredado, y que lo único que produjo, fué la otra vergonzosa época de Luis XV, la cual no es á su vez mas que una exageracion de la primera. Al reinado de la Montespan debia naturalmente seguir el de la Dubarry. El exceso del mal, llevado á sus últimos limites, no podia menos de producir el terrible remedio de la revolucion. — Voltaire y el baron de Nolbac primero, luego Danton y Marat fueron los frutos fatales de las semillas de corrupcion sembradas por el gran rey Luis XIV.

Pero basta y sobra de política, aunque esto en rigor no es política, sino lo que me atrevere á llamar filosofía de la Historia. Sin un poco de esa filosofía, la crítica literaria quedaria reducida á las proporciones de una fastidiosa disertacion sobre puntos de gramática y de retórica: no habria en verdad verdadera crítica. Los escritores en efecto, valen tanto cuanto significan, filosóficamente considerados; valen por lo que dicen, mas aun que por el modo como lo dicen, aunque tambien esto importa mucho. Ahora bien, el principal cargo que en mi sentir puede hacerse á las *Cartas* de madama de Sevigné es que están animadas del mal espíritu servil dominante en su época. Se dirá, y convengo en ello, que esto último es una circunstancia atenuante. Ya hemos visto que el gran Bossuet participó tambien alguna vez de esa flaqueza: en ella incurrió el gran Moliere cuando intercaló en la última escena de su inmortal *Tartufe* un rasgo de adulacion que es una gran mentira histórica:

« Nous vivons sous un prince ennemi de la fraude. »

Pero Moliere, para faltar de ese modo á la verdad, tenia á lo menos alguna disculpa en los favores personales que habia recibido del rey; madama de Sevigné, al

demostrar una constante adoración al falso ídolo de Versalles, no hacia mas que dejarse llevar por la corriente del siglo, lo cual es muy natural sin duda, muy disculpable si se quiere, pero muy propio tambien de las almas vulgares y de las inteligencias adocenadas. En Bossuet y en Moliere ademans tales deslices son un accidente: en madama de Sevigné son el fondo mismo de sus escritos, siempre que no se limita á decir de mil maneras, de que hablaré luego, lo mucho que quiere, como es natural, á su hija madama de Grignan.

Otro cargo que me atreveré á hacer á aquellas cartas es el de ser prodigiosamente insustanciales. Los franceses tienen un vocablo muy feliz para calificar la charla impertinente y frívola de los que dan mucha importancia á cosas insignificantes: la llaman *caquetage*. A este género pertenece, creo yo, el lenguaje epistolar de madama de Sevigné: sus cartas son un *caquetage* no interrumpido, un repertorio de fruslerías y de chismografía poco ó nada interesante. Tan cierto es esto, que aun en Francia mismo, á pesar de la general parcialidad de que es objeto, no ha faltado quien la llame una cotorra (*une caillette*).

Para que el lector se forme una idea del extremo á que llega esa parcialidad verdaderamente increíble, voy á citar un testimonio reciente, y para mí, sumamente significativo, porque es el de un hombre cuya alta capacidad y excelente juicio puedo apreciar mejor que otros, por cuanto á mas de conocerle como a escritor muy acreditado, le conozco como á amigo particular: hablo de M. Carlos de Mazade, uno de los mas importantes redactores de la *Revista de ambos mundos*. En un artículo publicado por él en esta Revista, el 1º de marzo de este año, sobre el papel que representan las mujeres en la sociedad y en la literatura, hace el acostumbrado panegirico de madama de Sevigné, y para vindicarla de la acusacion de mirar con insensibilidad ó indiferencia aristocrática á lo menos las *dragonadas* y otras matanzas populares de aquel odioso reinado, dice en son de elogio, que tiene *momentos de indignacion contra los soldados que degollaban hasta á los niños*. ¡Nada mas que *momentos!* pero al fin, algo es algo: mas vale eso que nada. Peor hubiera sido sin duda que hubiese celebrado esas matanzas, como Bossuet, ó que no hubiese hecho caso de ellas; pero yo creo que celebrar como meritorias cualidades que deben suponerse en toda persona regular es demostrar una gran parcialidad. Dado ese sistema de juicios, debería elogiarse igualmente en ella el hecho notable de que nunca, ni una sola vez ocurrió que la sorprendiesen robando pañuelos por las calles ni haciendo cosas peores.

Preciso es recordar lo que eran las *dragonadas* y las *pendaisons* ó ahorcaduras en masa verificadas en Breña de que habla madama de Sevigné, para apreciar en su justo valor la insuficiencia de esos *momentos* de indignacion en presencia de tales horrores. Y aqui necesito hacer constar un contraste fatal para madama de Sevigné: lo que la arranca los acentos mas patéticos, lo que le produce *mortales angustias*, lo que conmueve hasta las mas profundas fibras de su corazon es la suerte del superintendente Fouquet, procesado por sus rapiñas y malversaciones, y uno de los personajes de aquella época menos dignos de interés, que no es poco decir. Sus once cartas al marqués de Pomponne sobre el proceso de aquel danzante son un largo quejido de dolor, dolor que la indignidad del objeto hace parecer ridículo. Es preciso ver á qué pueriles pormenores desciende la autora, qué de simplezas dice al encarecer sus *mortales angustias*, para admirar bastante la *admiration* que se obstina en tributar á esas cartas el penetrante y sutil ingenio de los franceses. Lo tengo por un problema insoluble. Para explicármelo en algun modo, necesito hacer intervenir el amor propio nacional, interesado ya resueltamente en sostener esa *gloria mas* del siglo de Luis XIV.

Las cartas dirigidas á su hija madama de Grignan, que son las mas, pasan muy especialmente por una obra maestra de lenguaje y de estilo, y por la mas delicada y noble expresion del amor maternal. Es tan respetable este sentimiento, que seria una profanacion el intentar siquiera discutirle, lo mismo en madama de Sevigné que en cualquiera otra mujer: es pues indudable que amaba tiernamente á su hija, y como es natural, lo expresa con verdad, con vehemencia, y á veces con términos muy felices y muy nuevos. Lastima es solamente que la expresion de sus afectos maternales vaya casi siempre envuelta en un insoportable farrago de anécdotas insulsas, contadas en un lenguaje exageradamente desaliñado, lleno de repeticiones y hasta de evidentes faltas gramaticales, disculpables sin duda en una *correspondencia familiar*, pero que dejan de serlo en un *libro*. Se dirá tal vez que en esta materia los extranjeros no somos jueces competentes, por mucho que hayamos estudiado la lengua, con lo cual se acaba toda discusion. ¿Qué se contesta á eso?

No es lo peor que sean insulsas las anécdotas con que madama de Sevigné sazona sus cartas; lo que mas me disgusta en ellas es el tono constantemente frívolo en que las refiere, y el espíritu superficial y palaciego que domina en todas sus ideas. Para ella, el rey y una docena de cortesanos son « toda la Francia; » el advenimiento de una favorita ó el nacimiento de un bastardo real, son los sucesos mas importantes de la tierra. El mismo M. Suard, autor de un elegante discurso *sobre el estilo epistolar y madama de Sevigné*, que se lee al frente de varias ediciones de las cartas de esta señora, reconoce que estaba tristemente infatuada de su nobleza y del exagerado palacieguismo de la corte en que vivia. Este critico es uno de los que confiesan que el mérito

del estilo de madama de Sevigné es muy difícil de sentir para un extranjero, y procura explicar el porqué, aunque sin conseguirlo; con lo cual, conociendo él mismo que sus razones valen poco, se refugia en la cómoda evasiva de que esas son cosas que se sienten mejor que se explican. *Connu! connu!* podríamos responder á M. Suard los extranjeros que hemos estudiado un poco su lengua.

Mas entusiasta aun que M. Suard, acaso por espíritu de sexo, Madama Tastu en su *Elogio* de aquella escritora premiado por la Academia francesa en mayo de 1840, califica sus cartas de « libro único y maravilloso, que » no puede uno cansarse de admirar y de releer; tan » conocido que no puede citarse de él un solo rasgo que » no esté en la memoria de todos, y tan minuciosamente » admirado, que no es ya posible descubrir en él un » mérito nuevo. »

La Francia es tan rica de verdaderas glorias literarias, que no sé porqué se empeñan sus criticos en sostener como tales algunas muy dudosas, entre las cuales creo yo que deben contarse la de madama de Sevigné, la del buen Lafontaine, que no era tan bueno como dicen, la de Racine y la de Boileau, escritores muy correctos sin duda, pero que han añadido poco, muy poco, nada tal vez, al tesoro de ideas que forma el patrimonio común de la humanidad. Limitandome á madama de Sevigné, convengo gustoso en que, despues de mucho rebuscar, pueden entresacarse de sus cartas algunas buenas maximas morales y algunas expresiones muy felices, lo cual no obsta para que abunden tambien en ellas las sentencias triviales y los juicios falsos. No me meteré á juzgar su estilo, al cual atribuyen los franceses un encanto irresistible, porque soy extranjero y me recusarian por ello; pero insisto en decir que su lenguaje, fluido y elegante á veces, como de dama bien educada y muy discreta sin duda, aunque no pase de ser una de tantas, es bastante incorrecto. No creo que ni aun sus mayores apasionados aconsejarán á nadie que lo tome por modelo. Convengo tambien en que, entre las cartas á su hija hay algunas muy tiernas, y en que posee el arte (si arte hay en ello) de variar hasta lo sumo las fórmulas del cariño maternal; pero insisto tambien en creer que no es ese un mérito tan grande y tan raro como se dice. Creer por el contrario que lo poseen todas las madres, y que por consiguiente no hay para qué ponerle tan por encima de las nubes. ¿Cómo hemos de extrañar que fuese vehemente en la expresion de su amor á madama de Grignan, la que tanto lo era en la de sus *angustias* por la suerte del superintendente Fouquet? La exageracion de aquellas angustias por un personaje tan antipático nos da la medida de aquel carácter, extremado en todo, y para mí á lo menos, le desconsidera bastante. No hay que olvidar que el sentimiento del amor maternal, con ser uno de los mas santos, es tambien uno de los mas vulgares en este mundo. Vulgares me parecen pues las cartas de madama de Sevigné, consideradas como testimonios de aquel hermoso sentimiento, en el concepto de que son innumerables las madres que las han escrito tan buenas por lo menos. Bajo el concepto de la pasion, creo que se quedan muy por debajo de las de santa Teresa de Jesus; bajo el del interés político y la pintura de los caracteres, me gustan mas las de Antonio Perez, á las que solo falta que podamos leerlas en una edicion correcta; si se atiende á la novedad y profundidad de las sentencias morales, no admiten ni comparacion con la de nuestro venerable maestro Juan de Avila. ¿Cómo pues alcanzan esa gran celebracion en Francia y en todo el mundo literario? Diré mi opinion sobre esto, para concluir: son célebres en Francia, ya lo he indicado, porque la autora es francesa del siglo XIV; lo son en el mundo, — porque lo son en Francia. Cuando la Francia estornuda, el mundo se suena. Asi van las cosas hace mucho tiempo y no llevan trazas de variar: muy al contrario.

EUGENIO DE OCHOA.

El tratado franco-annamita.

EL ALMIRANTE BONARD Y EL COMANDANTE DE LA VAISSIERE.

A mediados de julio último, el correo de la Indo-China al llegar á Suez trajo una noticia hasta entonces casi inesperada. La guerra con los annamitas estaba concluida, y se habian firmado los preliminares de un tratado de paz entre el almirante Bonard y los altos mandarines, portadores de plenos poderes del emperador Tu-Duc. Era un honor para el almirante el haber llevado á buen término tan pronto un asunto muy escabroso y delicado, y cuya conclusion, al asegurar la dominacion francesa en un vasto territorio del extremo Oriente, promete nuevas é importantes salidas á la industria, así como una colonia de gran interés para la Francia.

El almirante Bonard nació en 1805; es uno de los alumnos de la Escuela politécnica que Napoleon I llamaba su gallina de los huevos de oro. Habiendo entrado por una vocacion especial en el ejército naval, hizo sus primeras armas sobre las costas de la Argelia en la época del bloqueo, hacia el fin del reinado de los Borbones. Muy jóven entonces, fué participe en la Kabilia de la cautividad y los peligros de un marino destinado tambien á una gran celebracion, el que debia ser algunos años mas tarde el almirante Bruat. Entrambos se volvieron á encontrar en la Oceania, donde la ardiente intrepidez del comandante Bonard le habia hecho el ter-

ror de los indigenas en los numerosos combates que marcaron la toma de posesion de las islas de aquel archipiélago.

En aquel mismo instante M. Bruat y M. Bonard habian fijado ya la vista en un jóven oficial, á quien pronosticaban un gran porvenir. Este oficial era un simple alférez de marina, el vizconde Julio de La Vaissiere de Lavergne, nacido de una antigua familia noble de la alta Auvernia, consagrada casi desde un tiempo inmemorial al oficio de las armas. Desde entonces el comandante Bonard consagró á M. de La Vaissiere una de esas amistades á prueba de todas las vicisitudes de la vida. Desde entonces tambien por un acuerdo tacito, esas dos existencias se encontraron en cierto modo asociadas por un misterioso lazo, y el oficial superior y el oficial subalterno se prometieron no tener uno y otro mas que el mismo destino.

Y á decir verdad, aunque son diversas aptitudes y cualidades opuestas estas dos naturalezas de marinos, se completaban la una por la otra. Por una anomalia singular, el ardor del hombre hecho hallaba un útil correctivo en la sangre fria del jóven. La audacia y el impetu volcanico del jefe se hallaban como aumentados en su fuerza por la habilidad de su segundo. Ambos de una alta estatura y de una fisonomia marcial, mas severos para sí que para los otros, se parecian únicamente en que los dos estaban hechos para el mando.

Cuando M. Bonard fué llamado á reemplazar al almirante Bruat en el gobierno de las posesiones francesas en la Oceania, no quiso tener otro edecan que M. de La Vaissiere, y el año pasado cuando le encargaron el mando de la expedicion de Cochinchina, su primer pensamiento fué agregarse M. de La Vaissiere en calidad de comandante de estado mayor general de la expedicion. Pareciales que todo debia marchar bien si estaban reunidos; y en efecto, todas sus desgracias son del tiempo en que estuvieron separados, como verbigracia, la época de la vida del almirante Bonard, en que tuvo que llenar en la Guyana una mision, á consecuencia de la cual volvió casi moribundo; y tambien el terrible naufragio del *Duroc*, en un escollo del mar de coral en 1856, donde M. de La Vaissiere de Lavergne, que mandaba este buque, tuvo el honor de regresar á Francia con toda su tripulacion sana y salva, despues de haber permanecido cincuenta y seis dias entre la vida y la muerte, y de haber hecho construir una embarcacion con los palos del buque naufragado, aserrados en tablas. Los recuerdos de este episodio tan dramático no se han borrado aun de la memoria.

Pero estos sucesos están ya muy lejanos, y parecen preferible bosquejar en algunas lineas los rapidos resultados debidos á los esfuerzos combinados del almirante Bonard y de su comandante de estado mayor en la Cochinchina. Estos resultados son primeramente la toma de la ciudadela de Bien-Hoa que arrastró la sumision de la provincia, luego la toma de Baria que determinó la frontera al Este, y por fin la toma de posesion de la isla de Poulo-Condor. Estas expediciones militares fueron coronadas en último lugar por la expedicion de Vinh-Long, foco de insurreccion sobre el Cambodge, y por la expedicion de Micouí dirigida contra las partidas de guerrillas annamitas que se atrevian á llegar hasta los campamentos. La sangre francesa corrió grandemente en aquellos combates, pues los annamitas son muy guerreros, acostumbrados como lo estan desde la infancia al manejo de las armas, y á la voz de sus mandarines su valor se exaltaba hasta la furia. La plaza de Bien-Hoa en particular, fué vivamente disputada.

Sin duda se recordará una circunstancia de la toma de Bien-Hoa. Antes de abandonar la plaza, los mandarines encerraron atados á los annamitas que profesaban la religion cristiana, y pusieron fuego al edificio. Los soldados franceses llegaron á tiempo para libertar á los infelices cautivos de tan barbara muerte.

La baja Cochinchina quedaba pues sometida á sus conquistadores; pero no es el todo vencer, sino saber aprovechar la victoria, y en esto se va á mostrar la inteligencia del almirante Bonard. En vez de tratar como sus predecesores de afrancesar poblaciones que son antipáticas á las ideas y á las costumbres francesas, el almirante declaró que los annamitas permanecerian sometidos á su legislacion y al poder de los jefes civiles de su nacion, transformados en delegados del gobierno francés; estos eran en cierto modo suzeranos franceses, por cuyo medio la transicion se hacia casi insensible entre los dos sistemas.

Los efectos de esta bien entendida organizacion no se hicieron esperar mucho tiempo, y ya en mayo último el *Forbin* armado en guerra se presentaba ante el rio Hué, y habiendo izado la bandera parlamentaria delante de los fuertes donde habia fondeado, no tardaba en recibir proposiciones de paz por parte del emperador Tu-Duc. El comandante Simon respondió que no podia oír proposiciones de paz, si no estaban previamente apoyadas en una especie de prenda consistente en una suma de dinero. Además, el emperador Tu-Duc fué invitado á elegir plenipotenciarios para entenderse con el almirante Bonard sobre las condiciones definitivas de la paz que se solicitaba.

Mas de una página curiosa se podria escribir aquí sobre las fases diversas de aquellas negociaciones en que la astucia peculiar de las razas asiáticas trataba de regatear su derrota y la inmolacion de sus esperanzas. Por fin, el vigésimo cuarto dia de la luna (22 de mayo), los dos mandarines Phan-Thanh-Hiang, ministro del Comercio, jefe de la embajada, y Lam-Druy-Hiep, ministro de la Guerra, se decidieron á embarcarse á bordo de una corbeta annamita que el *Forbin* debia remolcar

EXPEDICION

DE COCHINCHINA



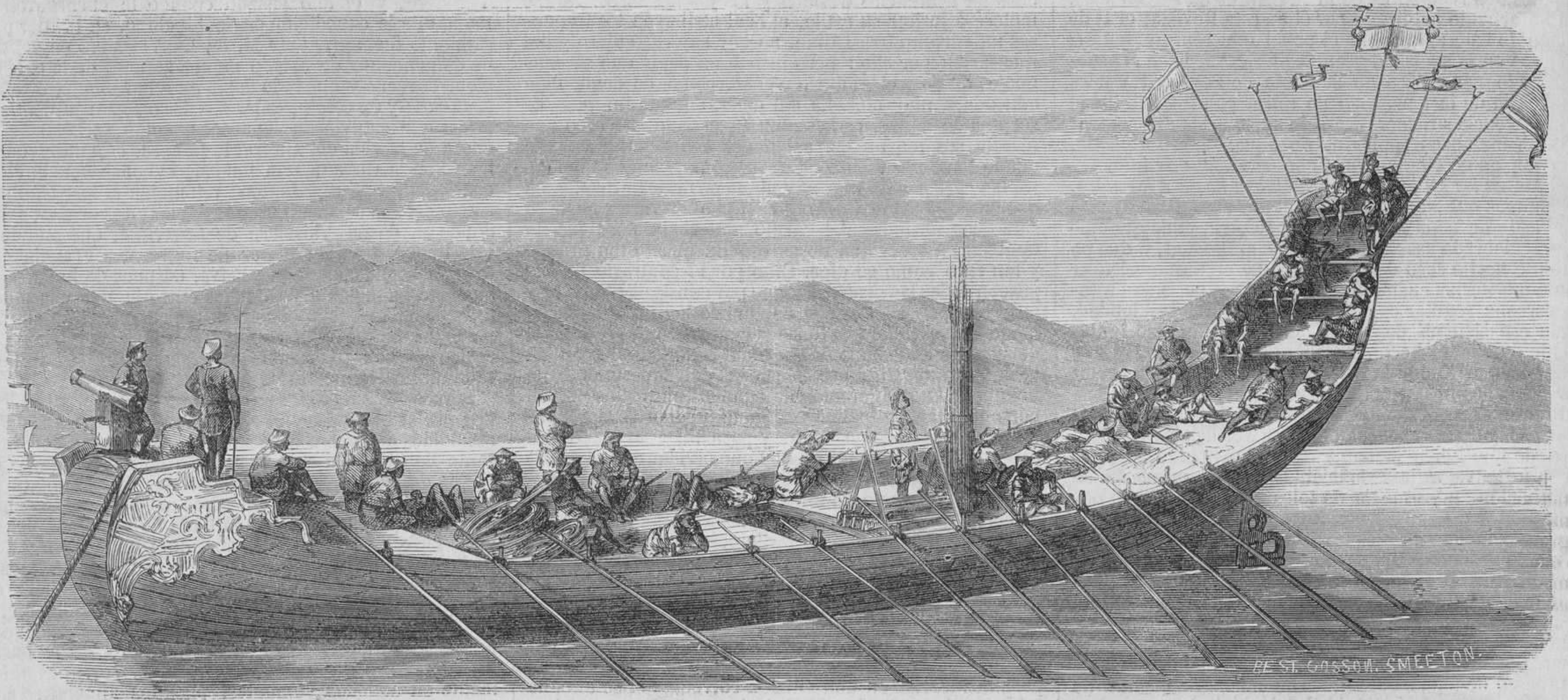
Oficial del ministro annamita.



EL VIZCONDE DE LA VAISSIERE DE LAVERGNE. EL VICEALMIRANTE BONARD. M. DE FOUCAULD. Señores Brice, Hanes, Buge, Neverlée, de Gouyon de Poutourande, Hervé y Ricunier, oficiales de estado mayor.



Reclutador annamita.



Embarcacion annamita armada en guerra de la escolta de los ministros annamitas.

hasta Saigon. Les escoltaban diez grandes juncos de 18 à 28 remos, y una docena de juncos ordinarios de seis remos. Segun los testigos oculares de aquella solemnidad, fué un hermoso espectáculo el que presentaba en aquel momento el rio de Hué con



Primer ministro annamita.



Correo del rey de Annam.

todos aquellos juncos, llenos de trajes de colores vistosos é iluminados por el sol naciente. El 30 de mayo el *Forbin* estaba de vuelta en Saigon con el buque annamita que llevaba à los embajadores y su séquito, en todo 135 personas.



Segundo ministro annamita.

B. C. S.

SUDREY.

SUDREY.



TEATRO IMPERIAL DEL ODEON. — *El Decano de San Patrick*, acto V, escena última. — (Véase la Revista de Paris.)

Los límites de este artículo no nos permiten dar detalles sobre la recepción de los embajadores a bordo del navío el *Duperré*, adonde pasó el almirante Bonard con gran pompa, escoltado de todo su estado mayor, así como tampoco sobre las disposiciones que se habían tomado para dar a los representantes de un emperador asiático una idea de los esplendores del imperio francés. Los dos altos mandarines se prosternaron cuando pu-

sieron a su vista el sello imperial en las credenciales del almirante Bonard, y después de haberle besado respetuosamente, como el almirante les invitara a tomar parte en una colación, declararon que se abstendrían de todo goce y placer en tanto que la paz no estuviese asegurada.

En cuanto a las condiciones de paz, diremos en sustancia, que las tres vastas y ricas provincias de Bien-

Hoa, de Gia-Dinh y de Mytho eran cedidas a los conquistadores en toda propiedad, con una indemnización de guerra de 20 millones; que se proclamaba en todo el imperio de Annam la libertad de ejercer el culto cristiano y particularmente la religión católica, y en fin, que la posesión de la fortaleza de Vinh-Long respondía de la ejecución del tratado.

En cuanto se llenaron todas las formalidades, el almi-



La fiesta de Todos Santos en Castellon de la Plana.

rante Bonard despachó á su comandante de estado mayor M. de La Vaissiere de Lavergne, para que pusiera el tratado en manos del emperador. M. de La Vaissiere desgraciadamente falleció el 5 de agosto último en el puerto de Aden, de resultas de un acceso de fiebre perniciosa determinada por las fatigas de la guerra y por un trabajo sin descanso. M. de La Vaissiere apenas habia cumplido cuarenta y tres años, y murió sin haber sabido su ascenso á capitán de marina, firmado de antemano por el emperador para recompensarle de sus brillantes servicios.

A la hora en que escribimos, el tratado franco-annamita acaba de ser ratificado por el emperador, y en breve se enviará á Cochinchina, donde le esperan con impaciencia. H. C.

Las fiestas de Todos Santos en Castellon de la Plana.

M. Ch. A. Lefebvre, que acaba de hacer un viaje por España, escribe lo siguiente sobre las fiestas que tienen lugar en Castellon, por la época de Todos Santos:

« En mi viaje por España, la casualidad quiso que me hallara en Castellon de la Plana el día de Todos Santos, y me costó mucho trabajo abrirme calle por medio de la muchedumbre de labradores que habian llegado de veinte leguas á la redonda para tomar parte en la celebración de las fiestas que comienzan el 1º de noviembre y concluyen el 15 del mismo mes. Estas fiestas consistian en corridas de toros, bailes, ferias, etc. Pero de todo ello nada llamó tanto mi atención como el fantástico espectáculo de una danza nocturna. Imagínese el lector una plaza alumbrada por una inmensa hoguera de combustibles resinosos, y cubierta de una multitud alegre, el murmullo armonioso de las castañuelas y el ruido de los tamboriles y de los pifanos, y podrá tener una idea de aquel cuadro que yo no me podía cansar de contemplar, y que se prolongó hasta las altas horas de la noche. — CH. A. L. »

Revista de Paris.

El domingo próximo se hará por fin la solemne inauguración del nuevo boulevard del Príncipe Eugenio, á la cual asistirá el emperador, que acaba de regresar de Compiègne. En la semana próxima daremos los pormenores de esta inauguración, que promete ser una fiesta ostentosa. La llegada de la corte á la capital dará el impulso esperado á las reuniones parisienses. Ya comienzan á organizarse bailes y conciertos, pues para el primer día del año es preciso que se hallen restablecidas las relaciones sociales interrumpidas por los viajes de verano. Los síntomas de ese día famoso se van observando ya en las tiendas, sobre todo en las confiterías, que preparan sus cargas de bombones. Nada menos costoso que una libra de dulces, y sin embargo nada mas caro. Los dulces no pueden ofrecerse en un triste papel, sino que deben estar contenidos en una caja elegante. Ahora bien, en una de las principales confiterías de Paris acabamos de ver una caja expuesta al público con un rótulo que indica su precio: ¡12,000 francos! ¡Doce mil francos para una libra de dulces! Nada menos que eso; pero es de advertir que la caja en cuestión, de terciopelo verde y adornada con dos círculos de oro, tiene en la tapa una roseta con 190 brillantes. ¡Famoso valor adquirirá la librita de dulces que se encierre en esta caja!

Todos son altos y bajos en este mundo, como decía el ingenioso é inmortal barbero de Beaumarchais, y en tanto que los volatineros se convierten en soberbios personajes, hay señores de elevada alcurnia que vienen á parar en ser volatineros.

Un periódico de provincias cuenta un hecho que nos ha traído á la mente esa reflexión filosófica.

Todo el mundo, dice ese diario, ha podido ver en esos campos de feria que se establecen sucesivamente por toda la Francia una barraca de madera á cuyo frente se destacaba un cuadro representando una mujer colosal con esta inscripción: « La Hermosa Maconesa. »

La estructura de este retrato hacia que muchas personas tuvieran la curiosidad de entrar á ver si el original se parecía á la copia. Pero ¡ay! nadie entre los curiosos receló jamás que estaba viendo á una señora de la alta sociedad, á la condesa de..., un título de los mas antiguos de Francia.

Tampoco se sospechó que el individuo que cobraba los dos sueldos á la puerta de la barraca era el conde de... en persona, que de resultas de un cambio singular en su posición se habia visto en la necesidad de presentar al público por la escasa remuneración ya señalada, los prodigiosos brazos de su esposa.

Parece ser que este misero oficio no era muy del gusto de la condesa, por lo cual se suscitaban frecuentes disputas en el matrimonio, y si hemos de dar crédito á la chismografía, el conde corregía á menudo á su mujer, de ese modo violento que sin duda no emplearía cuando tenia abiertos sus salones á la sociedad aristocrática parisiense.

Cansada en fin de ser víctima de tan malos tratamientos, la hermosa Maconesa se pronunció, y la pareja se vió obligada á comparecer ante el comisario de policía.

¿Qué pasó en el gabinete de ese magistrado? Eso es lo que ignora el periódico á que nos referimos; pero lo cierto es, que cuando se hallaron en la calle y el conde se empeñó en que su mujer le siguiera, ella se negó obstinadamente á obedecerle.

Muy luego se formó corro, y hé aquí la descripción de la escena que los curiosos observaron:

El marido instaba á su mujer para que se fuera con él, pero la maltratada esposa le llamaba infame y asesino y no cedía en su resistencia. El intentar llevársela en los brazos habria sido

una obra tan difícil para el conde, como el alzar del suelo la columna Vendome.

A los ruegos sucedieron las amenazas, pero la condesa se encerraba en esta contestación:

— No vuelvo mas contigo; quieres matarme, y yo me hallo resuelta á separarme de tí para siempre. Cuando sepan los jueces cómo me has tratado, veremos si me dicen que tengo que vivir con un monstruo semejante.

El conde no atreviéndose á emplear la fuerza en medio de la calle, se vió en la precisión de dejar escapar á la hermosa Maconesa, quien envanecida con su victoria, dirigió á su esposo á guisa de despedida uno de esos ademanes que no son para descritos.

Desde aquel día la barraca de la feria ha quedado cerrada para el público.

Diríase que la excentricidad de los ingleses quita el sueño á todo francés que se pica de buen patriota. No conocemos en materia de apuestas singulares una que pueda compararse con la siguiente:

En la última semana tres individuos se hallaban detenidos en una estación de camino de hierro de las cercanías de Paris, y miraban pasar un tren de mercancías compuesto de unos treinta wagones.

Los tres paseantes hacian comentarios sobre lo largo del convoy, principalmente sobre la fuerza de la máquina que arrastraba con tanta velocidad un peso tan considerable.

— ¡Y decir, exclamó uno de ellos, que bastaria tan poca cosa para que descarrilara toda esa masa!

— Eso de poca cosa, no me parece á mí, repuso otro de los interlocutores. Yo creo, añadió, que en razón al peso, se necesitaria mucho mas de lo que tú piensas.

Y sobre esto se empeña una discusión, y en el momento en que estaba mas animada, el que habia negado la facilidad de un descarrilamiento, exclama con firmeza:

— Para convencerte del poco peligro que hay, yo apuesto á tenderme entre los rails á esperar la llegada de un tren, que dejaré pasar sobre mi cuerpo.

La apuesta fué aceptada, y en la noche del mismo día, á eso de las diez, nuestros tres personajes se encontraron en un sitio desierto de la línea.

Inmediatamente que distinguieron los dos faroles encarnados de un tren de mercancías, el que habia propuesto la apuesta se lanzó á la vía y se tendió en medio de los rails.

La máquina resoplando vigorosamente, pasó con los veinte wagones que arrastraba por encima del temerario, que mas muerto que vivo yacía sobre la arena.

El espanto de los dos testigos, ó mejor dicho, de los dos cómplices de ese acto de locura, llegó al colmo cuando vieron que su amigo permanecía inmóvil, aunque el tren se hallaba ya á larga distancia.

Acercáronse pues á toda prisa, le cogieron y le sacaron del camino.

Después de convencerse de que el cuerpo estaba intacto, y de que el mal, si es que le habia, no debia ser muy grande, uno de ellos fué á buscar agua y la arrojó al rostro de la víctima.

La sensación no tardó en hacer volver en sí al de la apuesta, que solo estaba desmayado; y entonces contó, que creyendo le habia aplastado el cenicero de la máquina, que casi tocaba al suelo, y en el cual no habia pensado, habia perdido el conocimiento.

Si se reflexiona que esta absurda apuesta se hizo por un almuerzo, hay motivos para pensar que los individuos en cuestión habian perdido el juicio, cuando se entretenian tan bárbaramente.

Como Paris es la tierra prometida de los estafadores, gracias á la buena voluntad con que los parisienses se ofrecen como víctimas, siempre está uno seguro de encontrar una buena cosecha de anécdotas en el dominio de la policía correccional.

Una jóven vestida con distinción, aunque de un modo severo, de modales delicados, que indicaban un alto trato social, se presentaba en las casas de las señoras ricas, pidiendo que la concedieran un momento de conversacion.

Sola con la persona, cuyos sentimientos caritativos la eran conocidos, la manifestaba que venia á solicitar un socorro, ya para una familia virtuosa que de repente habia caído en la desgracia, ya para pobres ancianos ó pobres huérfanos.

Al hablar así, mostraba certificados que procedian de funcionarios ó de eclesiásticos honorables, que no dejaban la menor duda sobre su veracidad y desinterés.

Casi siempre la jóven recibia una cantidad mas ó menos importante; y una vez que la habia tomado, y cuando juzgaba la ocasión oportuna, fingia un accidente y gritaba:

— ¡Ay! ¡Dios mio! ¡Tened compasion de mí, soy epiléptica! Asustada la señora llamaba á sus criados, y salia de la habitación para apresurar los socorros.

Cuando llegaban, la jóven aparentaba ya haber recobrado el uso de sus sentidos.

— No es nada, decía; fué un síntoma de ataque, y no necesito mas que salir á respirar fuera. Dispénsese Vd., señora, el trastorno que la he causado.

La emoción que sucedía á este incidente impedia que echaran de ver en seguida que se habia cometido un robo. Solo al cabo de algun tiempo se venia á notar que faltaban joyas ú otros objetos preciosos, y entonces se reconocia que habia entrado en la casa una aventurera.

De resultas de varias quejas relativas á esta jóven, la policía se consagró á buscarla, y la encontró en un baile público con su galán y cómplice, quien fabricaba con la mayor habilidad los falsos certificados de que ella hacia uso. Ambos fueron presos y llevados á buen recaudo.

Los teatros se animan, y comienzan ya á poner en escena el nuevo repertorio destinado al invierno que atravesamos. Si en los de ópera no hemos tenido nada de particular esta semana, en cambio se han dado á luz en los de verso varias novedades. En el Teatro Francés se estrenó anteanoche con gran éxito una pieza de M. Emilio Augier, titulada *el Pils de Giboyer*.

Se habian anunciado desórdenes con motivo de las alusiones políticas que se susurraba abundaban en la pieza contra

ciertos partidos políticos acribillados por el autor con un fuego graneado de epigramas mas ó menos punzantes; pero la escogida sociedad que llenaba aquella noche las localidades, no se cansó de aplaudir desde la primera escena hasta la última. Veremos si en las representaciones siguientes se confirma este gran triunfo.

Haremos un ligero bosquejo del argumento.

Giboyer es un periodista miserable que vende su pluma al que mejor le paga sus servicios; cuando no puede vender artículos, vende libelos infamatorios. No cesa de calumniar y de injuriar, pero tiene un hijo de una jóven plegadora de diarios, y quiere hacer de él un hombre de mundo, y sobre todo un hombre virtuoso. Segun su propia expresion, « lame el lodo que encuentra en su camino. »

Este hijo, llamado Maximiliano, se gradua de doctor en derecho, pero no entra en el foro y vive modestamente del producto de su pluma.

En esto se le presenta un empleo de secretario de un diputado inepto, M. Marechal, nombrado por el partido legitimista para que le represente en la Cámara, y el jóven acepta.

M. Marechal tiene una hija, Fernanda, que debe casarse con un conde arruinado, educado por los jesuitas y formado en su escuela; un marqués anciano ha arreglado este matrimonio, que dará una fortuna al conde, y sin el cual el padre de Fernanda no habria sido elegido por el partido legitimista para hablar en su nombre.

Maximiliano y Fernanda se aman, y se lo declaran así después de una explicacion en la que Fernanda le acusaba de mirar con buenos ojos á su madre política; y el jóven por su parte, no contento con sus sinceras denegaciones, presenta su dimision de secretario, para no tener roce alguno con aquella señora.

Giboyer ha observado un gran cambio en su hijo, y á su vez provoca una explicacion, adquiriendo en ella la certidumbre de que su hijo ama á Fernanda.

Pero entonces se suscita una discusión política entre Maximiliano y Giboyer, y el jóven echa á este en cara que ha vendido su pluma.

Aquí hay una escena soberbia. El padre responde al hijo que si se ha cubierto de vergüenza ha sido para allanarle á él el camino, para hacerle una vida fácil y honrosa; Maximiliano se precipita á los pies de Giboyer pidiéndole que le perdone, con una voz sofocada por los remordimientos.

Giboyer anuncia á M. Marechal que se lleva á su hijo á América, donde les llaman para establecer un nuevo periódico.

¿Pobre diputado! ¿Y sus discursos?

Justamente M. Marechal acaba de hacer una evolucion de las mas violentas; ha cambiado de opinion porque le han quitado el discurso que debia pronunciar para dársele á otro orador del mismo partido.

Por la mañana es legitimista, por la tarde es demócrata.

¿Cómo Maximiliano y Giboyer le abandonarían en el momento en que colocado en un nuevo teatro que desconoce lo mismo que el otro, tanto necesita sus servicios, es decir, necesita tanto las plumas que escriben tan lindas cosas en favor de la democracia?

— Solo hay un medio de arreglar las cosas, dice Giboyer.

— ¿Y cuál es ese medio?

— Que Maximiliano se case con Fernanda.

Al oír esta proposición el diputado pone el grito en el cielo, y sin embargo, ya habrá adivinado el lector que ese es el desenlace de la comedia.

Hé ahí indicada la intriga de la nueva producción de M. Augier, sobre todo bajo su aspecto político, que es el que domina. Nada tenemos que decir acerca de los argumentos del jóven académico en pro ó en contra de ciertos partidos que no pueden defenderse; mas dejando aparte las intenciones políticas, apuntaremos, que considerada como obra literaria, está escrita de mano maestra. Y este mérito, que al través de las acaloradas polémicas que *el Hijo de Giboyer* no dejará de suscitar en la prensa parisiense, no podrán menos de reconocer todos los críticos, se halla admirablemente realizado en la representación, porque en ella toman parte artistas como las señoras Nathalie, Favart y A. Plessy, y los señores Samson, Provost, Got y Delaunay, esto es, los primeros de los primeros.

En el Odeon hemos tenido igualmente una novedad teatral, el *Decano de San Patrick*, drama en cinco actos de M. L. de Wailly y M. Luis Ulbach. ¿Quién no recuerda el precioso libro que todos hemos leído en la infancia y que se titula *el Viaje de Gulliver*? La obra todos la conocemos, pero nunca hemos pensado en el nombre de su autor.

Ahora bien; Swift era un hombre muy malo, segun dicen sus biógrafos; y segun los autores del drama del Odeon, ha sido un héroe novelesco.

Swift fué amado por dos mujeres; la una, hija de un noble lord, y que quizá amaba mas al autor que al hombre, y la otra humilde y modesta, que amaba al hombre sobre todo, y no queria mezclarse en su vida sino para ser su fiel compañera; hasta habria renunciado á su pasion estando segura de ver á Swift dichoso, aun con otra esposa.

Tal es la situación del nuevo drama.

Swift no vacila entre estos dos amores, y á pesar de que está enamorado de la hija del lord, se casa con la jóven humilde.

Desgraciadamente no acaba todo aquí. En cuanto Swift se ha casado con una de las dos, la otra se siente herida en el corazón y muere.

Pero entonces Swift siente reavivarse su amor á la difunta, y declara á su esposa que á ella no la amó jamás, y que toda su vida se ha ido con la otra.

El resultado de esta declaración no se hace esperar mucho tiempo; la mujer de Swift, con el corazón desgarrado de dolor, se acaba por consuncion, y su muerte hace que Swift se vuelva loco.

Tal es el nuevo drama que se representa actualmente en el Odeon, sin un éxito extraordinario en su conjunto, si bien son aplaudidas algunas escenas, perfectamente interpretadas por los actores.

MARIANO URRABIETA.

Descripción de la ceremonia

VERIFICADA CON MOTIVO DEL ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE LOPE DE VEGA EL 25 DE NOVIEMBRE DE 1862 EN MADRID.

Trescientos años se cumplieron ayer, dice la *Epoca* del 26 de noviembre último, del nacimiento del inmortal autor dramático é insigne poeta Frey Lope Félix de Vega Carpio. Aquel monstruo de la naturaleza, aquel *Fénix de los ingenios*, que con ambos epítetos ha llegado su nombre hasta nosotros, no tuvo rival en su tiempo, ni puede tener semejante en los futuros.

Concibese difícilmente que la vida de un hombre baste á producir, enriqueciendo la patria literatura, mil y quinientas comedias, innumerables poesías, diversos poemas, quinientos autos, cuatro ó cinco novelas y multitud de sonetos; y concibese aun menos, cuando se piensa que de las obras dramáticas

Mas de ciento en horas veinte y cuatro
Pasaron de las musas al teatro;

cuando se reflexiona que aquel hombre fué soldado primero, y casado dos veces despues, y sacerdote mas tarde, y que desempeñó, entre otros cargos, el de capellan mayor de la congregacion de presbíteros naturales de Madrid, y que comió, durmió, celebró el Santo Sacrificio de la misa, regó su jardin y conversó con todos los que solicitaban su trato, que eran infinitos; con los que apelaban á su caridad, que eran muchos, y con los que de luengas tierras venian á conocerle y admirarle de cerca, que no eran pocos.

Aun pudiera explicarse en cierto modo tan pasmosa, tan inimitable fecundidad, si hubiese encontrado el teatro español á su venida al mundo tan rico como él le dejó á su muerte; si de ajenas, aunque mal hilbanadas fabulas, hubiera podido coordinar y fabricar las suyas; pero sorprende el ánimo y embarga la razon la idea de que mas ó menos, aquellas mil y quinientas comedias tuvieron fábula propia y argumento original, y lances y situaciones diferentes, tiernos unos, dramaticos otros, sublimes todos. Que los *cuatro millones y cien mil versos* que suponen aquellas obras (sin contar los de los autos y las poesías que tal vez doblarán la suma) eran de correcto estilo y dición peregrina; que los nueve ó diez mil personajes que en ellas figuran eran, con pocas excepciones, verdaderos y humanos, y aun los mas inverosímiles, decorosos y agradables.

A los once años, segun algunos escritores eruditos, compuso su primera obra para el teatro; á los setenta y tres le sorprendió la muerte, pocos dias despues de haberse aplaudido su última comedia. No hay pues en los anales dramaticos de ningun pais, desde Thespis hasta nosotros, ejemplo igual de inventiva, fecundidad, fuerza de imaginacion, ni estro poético. El dejó á todos los que habian de sucederle inagotable suma de recursos escénicos, cosecha perpétua de fabulas dramaticas; él, en una palabra, encontró el teatro español en la cuna fabricada por Lope de Rueda, y se lo entregó robusto y poderoso al galante Calderon, al ingenioso Tirso, al profundo Alarcon, al concienzudo Moreto. Todos ellos debieron á Lope de Vega no poco de su gloria, mientras él solo se debió á si mismo cuanta circundó su nombre en vida, cuanta alcanzó de propios y extraños despues de su muerte, cuanta legó en la española escena á la patria de Cervantes.

Si mas feliz en vida que este colosal ingenio, pues gozó el poco comun privilegio de verse admirado, respetado y querido de su patria entera, mientras el Mancebo de Lepanto bajaba á la tumba oscuro y miserable, no lo fué mas que este en el siglo presente. Desde el año de 1835 tiene el autor del *Quijote* un monumento, no digno de su nombre, pero suficiente para decir al mundo civilizado que Madrid vió morir en su recinto al filósofo inmortal autor del *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Mucho vale, á pesar de la mezquindad de sus proporciones, este monumento, único que España, madre poco cariñosa para sus hijos ilustres, posee en recuerdo de sus grandes hombres, y no es poco alcanzar de dos años á esta parte que á la estatua de Murillo, levantada en Sevilla, y á la lápida colocada en la casa donde vivió Calderon, pueda hoy agregarse el monumento mural que la real Academia española inauguró ayer en la casa donde vivió y murió el *Fénix de los ingenios*.

Si no estamos mal informados, á indicacion de don Ramon de Mesonero Romanos se debe la estatua de Cervantes: al mismo correcto é ingenioso escritor debemos hoy el monumento de Lope de Vega.

Efectivamente, en el resumen de las actas de la real Academia española en el año académico de 1860 á 1861, despues de referirse el patriótico acuerdo de esta ilustre corporacion de emprender una edicion completa de las obras dramaticas de aquel renombrado autor, se lee lo siguiente:

« Otro homenaje á la memoria de Lope fué solicitado ó propuesto por el académico señor don Ramon de Mesonero Romanos, y consiste en un monumento mural que ha de colocarse entre los dos balcones centrales de la casa que fué propiedad de aquel ilustre poeta, y en la cual falleció, sita en la calle antigua de Francos (hoy de Cervantes) y señalada con el número 15. Los términos en que esto debía verificarse fueron estudiados por una comision, compuesta del Excmo. señor don Ventura de la Vega, don Juan Eugenio Hartzenbusch y don Ramon de Mesonero Romanos, proponente (a que mas adelante se agregó á los señores don Antonio Ferrer del

Rio y Excmo. señor don Cándido Nocedal), los cuales consultaron en la parte facultativa al escultor de cámara don Ponciano Ponzano, y obtuvieron amplia, cortés y patrióticamente el beneplácito de los actuales dueños de la finca. »

Como se ve por los anteriores apuntes, la comision puso por obra llevar á cabo el pensamiento del señor Mesonero, y se dirigió, como era natural, á obtener la vènia de los poseedores de la finca. Los señores don José y don Epifanio Diaz de Morelle, doctores ambos en medicina, no solo acogieron con entusiasmo el proyecto de la Academia, sino que quisieron contribuir, por cuantos medios estuviesen á su alcance, al mejor logro de la empresa y al mayor enaltecimiento del nombre ilustre que se queria honrar; y segun el testimonio público de gratitud que la Academia les tributó ayer en la sesion solemne celebrada con aquel objeto, no son los que menos han contribuido al esplendor de la ceremonia.

Una vez encargado el señor Ponzano de la ejecucion del monumento, previa la aprobacion del diseño presentado por él á la Academia, se decidió que la inauguracion del mismo debía verificarse ayer 25 de noviembre, tercer aniversario secular del nacimiento de Lope, y que á este acto debía dársele toda la solemnidad y la importancia que requeria, por quererse enaltecer con él una de nuestras mayores y mas legítimas glorias nacionales.

Tropezábase, sin embargo, para esto con la dificultad de que á pesar de los sacrificios de los dueños de la finca, que habian mandado echar abajo tabiques, haciendo de dos cuartos uno solo, y que renunciando á todas las habitaciones principales para formar un gran salon han vivido cerca de un mes en las pequeñas piezas interiores, aun era insuficiente la sala citada para contener á todas las personas á quienes la Academia hubiera querido invitar, y que indudablemente tenian derecho á presenciar el acto.

En este caso, y para obviar tales dificultades, la Academia dispuso que á la junta pública que en la casa de Lope habia de celebrarse ayer, asistieran comisiones en representacion de los cuerpos científicos y literarios del pais, de la literatura y de la prensa, ya que la modesta vivienda ocupada por Lope de Vega no se prestaba á que todos aquellos cuerpos asistieran en masa.

Con estos antecedentes, que hemos creído necesario dar á nuestros lectores, vamos á tratar de describir la ceremonia verificada ayer, y de cuyo pobre estilo, por la precipitacion con que escribimos, nos harán gracia los que nos lean, siquiera porque procuraremos dar al público todos los detalles.

A la una en punto de la tarde una interminable fila de carruajes llenaba la calle de Cervantes, que á pesar de lo desapacible de la temperatura, se veia invadida por multitud de curiosos, ávidos de adivinar lo que pasaba en la casa señalada con el núm. 15. En su fachada, revocada por completo, y entre los dos balcones del centro, unas cortinas de damasco encarnado ocultaban al público el monumento erigido á la memoria de Lope. En el zaguan, lleno de macetas con flores, aparecian á la derecha, en un gran tarjeton, los nombres de todos los poseedores de la finca desde que Lope de Vega la cedió en su testamento á su hija hasta los actuales propietarios. Desde el zaguan se pasaba al jardinito, plantado nuevamente, y que recordaba, por la variedad de sus humildes flores, el que el inmortal autor de *la Estrella de Sevilla* regaba todos los dias á la edad de setenta años.

Concluido el primer tramo de la escalera, y frente á esta, en el lienzo de pared que dividia antes los dos cuartos principales, se veia una elegante lapida de mármol negro con letras doradas con la siguiente inscripcion: « A la real Academia española, en memoria de la sesion pública y extraordinaria que celebró en esta casa el dia 25 de noviembre del presente año, aniversario del nacimiento del ilustre madrileño Lope de Vega, con motivo de inaugurar el monumento que le consagra, los sucesores actuales en la propiedad, viuda é hijos de don Francisco Diaz de Morelle. Año de 1862. »

Como se ve por la inscripcion citada, no solo se han prestado gustosos á todo lo hecho los actuales propietarios, sino que agradecidos á la Academia española, han querido perpetuar tambien por su parte la solemne ceremonia que en su casa se celebraba.

Entrábase despues en el salon, adornado al efecto por la Academia con sencillez y buen gusto, procurando imitar en el mueblaje y adornos los del siglo XVII. En el mismo salon se veia la alcoba donde falleció Lope de Vega, con una cama adornada al gusto de aquella época, y algo mas lejos el oratorio: el marco de madera con adornos dorados que separa este del salon, es del tiempo del inmortal poeta. Los dueños han tenido tambien la oportuna idea de conservar, bajo una especie de alacena, un pedazo del muro antiguo con la sencilla pintura al fresco del año 1635.

Un retrato de Lope de Vega adornaba el frente del salon, en el que estaba colocada la mesa de la presidencia. A la una y media, reunidas ya, así la Academia española, como las comisiones invitadas por la misma, se dió principio al acto con el anuncio de la ausencia del Excmo. señor duque de Rivas, director de la Academia, por hallarse enfermo, ocupando el sillón presidencial el señor don Eusebio Maria del Valle, teniendo á su derecha el Excmo. señor duque de Sesto, alcalde-corregidor de Madrid, y á su izquierda al señor don José Cortés del Valle, capellan de la congregacion de presbíteros naturales de Madrid, cuyo cargo, como hemos dicho antes, desempeñó Lope.

Despues de un discurso pronunciado por el señor presidente, encaminado á enaltecer el ingenio y la virtud del *Fénix de los ingenios*, el señor Ferrer del Rio leyó primero el acta y el acuerdo de la Academia con el programa de la ceremonia, y despues, en medio de un silencio profundo, y en aquellos mismos sitios durante largos años ocupados por el ilustre escritor cuya fama se extiende por todo el mundo civilizado, á la vista de la alcoba en que falleció, de su oratorio, de su pequeño jardin, leyó la escritura de compra de la misma casa, otorgada por él en 7 de setiembre de 1610, y su testamento en la vispera de su muerte (26 de agosto de 1635), comprendidos ambos en los títulos antiguos de dicha casa, y que aparecian sobre la mesa para que despues los examinaran todos los concurrentes.

Concluida la lectura de dichos documentos, el escribano señor Garamendi, secretario honorario de S. M., leyó la escritura solemne que debía otorgarse en el acto entre la Academia y los dueños de la casa, y por la cual se obligaban ambas partes contratantes á mantener perpétuamente el monumento en la fachada de la misma.

El mismo señor fué llamando por órden á los señores académicos presentes, que firmaron la escritura.

Los señores duque de Rivas, Hartzenbusch, Duran y Breton de los Herreros no pudieron asistir por estar enfermos.

Acto continuo firmaron los dueños de la casa, y luego fueron llamados como testigos los señores que á continuacion se expresan, invitados oficialmente por la Academia:

En representacion de la real Academia de la historia. — Excmo. señor don Antonio Benavides.

Excmo. señor don José de Zaragoza.

Señor don Carlos Ramon Fort.

En representacion de la real Academia de ciencias.

— Excmo. señor marqués del Socorro.

Ilmo. señor don Vicente Santiago Masarnau.

En representacion de la real Academia de las tres nobles artes. — Señor don Eugenio de la Camara.

Señor don Juan Montenegro.

En representacion de la real Academia de ciencias morales y políticas. — Excmo. señor don Lorenzo Arzola.

Excmo. señor don Salustiano de Olózaga.

Ilmo. señor don Modesto de la Fuente.

En representacion del pueblo de Madrid. — Excelentísimo señor duque de Sesto, alcalde-corregidor.

Excmo. señor duque de Tamames, teniente de alcalde.

Señor don José Moreno Elorza, regidor.

Excmo. señor marqués de Auñon, regidor.

Señor don Camilo Garcia Piñuela, secretario.

En representacion de la Universidad central. — Doctor don Eduardo Palau, decano de la facultad de teología.

Doctor don José Amador de los Rios, decano de la facultad de filosofía y letras.

Ambos señores representaban tambien las dos facultades á que perteneció Lope de Vega.

En representacion de los autores dramaticos españoles. — Señor don Luis de Eguilaz.

Señor don Luis Mariano de Larra.

No habiendo asistido el señor don Adelardo Lopez de Ayala por estar enfermo.

En representacion de los poetas líricos. — Señor don Joaquin José Cervino.

Señor don Eduardo Asquerino.

En representacion de la congregacion de presbíteros naturales de Madrid. — Señor don José Cortés del Valle.

En representacion de los actores españoles. — Señor don Julian Romea.

Señor don Joaquin Arjona.

No habiendo asistido don José Garcia Luna por estar enfermo.

En representacion de la prensa periódica. — Excelentísimo señor don Fernando Corradi, director de *el Clamor público*.

Señor don José Selgas, director de *la España*.

Elegidos ambos periódicos por ser los mas antiguos que se publican en Madrid, no habiendo asistido el señor don Ramon de Navarrete, director de la *Gaceta de Madrid*, por estar indispuerto.

Apenas acabaron de firmar todos los señores citados, el señor don Manuel Cañete leyó, entre los aplausos de los concurrentes, un bellissimo romance del señor Hartzenbusch, dedicado á Lope de Vega, y que por sus dimensiones no podemos publicar.

Concluida la lectura, el Excmo. señor duque de Sesto y el Ilmo. señor don Eusebio Maria del Valle salieron á los dos balcones del centro y recorrieron las cortinas que ocultaban el monumento entre los acordes de una banda de música y ante la multitud que se apiñaba en la calle y que invadia todos los balcones de las casas circunvecinas.

El monumento consiste en una lápida grande de mármol blanco, encima de la cual aparece el busto de Lope, perfectamente ejecutado, leyéndose la inscripcion siguiente:

AL FENIX DE LOS INGENIOS
FREY LOPE FELIX DE VEGA CAPIO,
QUE FALLECIÓ A 27 DE AGOSTO DE 1635
EN ESTA CASA DE SU PROPIEDAD,
LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
AÑO DE 1862.

Todo el monumento tiene en su conjunto y en sus pormenores el carácter arquitectónico del primer tercio del siglo XVII, y encima de la puerta de la casa se ha

restablecido la leyenda que puso Lope en ella, y hasta nuestros días se había conservado, á saber :

PARVA PROPRIA, MAGNA ;
MAGNA ALIENA, PARVA.

Después de descorrer las cortinas, se levantó la sesión dándose por terminado el acto.

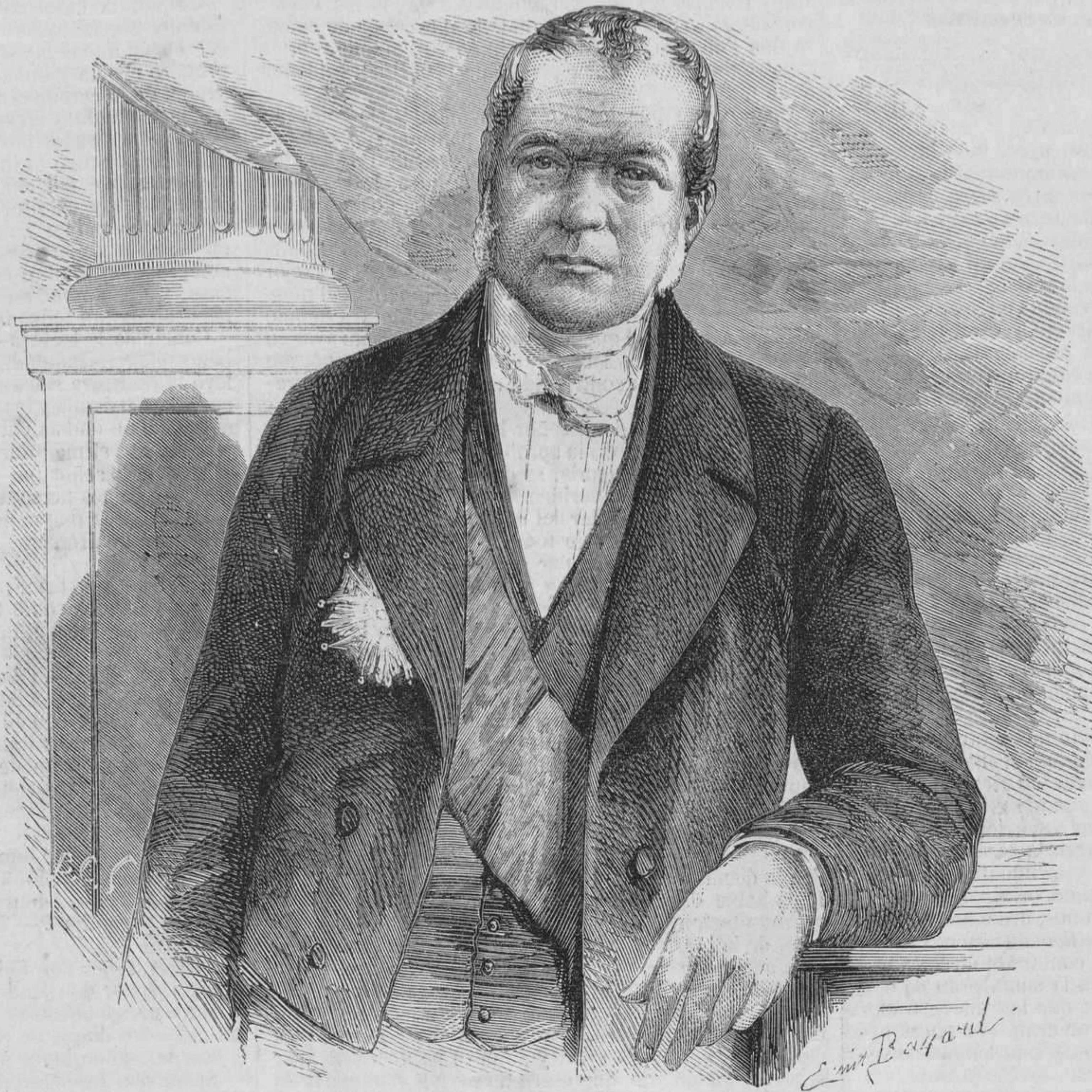
Tal es la relación de la ceremonia verificada ayer, y no concluiremos estas líneas sin dar las gracias en nombre de todos los amantes de la patria literaria á la Academia española por haber llevado á cabo tan digna empresa, que al mismo tiempo que la honra, honra y perpetúa la memoria de uno de los pocos autores cuyo ingenio admira el mundo.

M. Chaix-d'Est-Ange,

SENADOR FRANCÉS.

M. Chaix-d'Est-Ange, que acaba de ser nombrado senador, nació en Reims en 1800. Sin fortuna y habiendo quedado huérfano con una hermana á la edad de diez y ocho años, trabajó con ardor, se graduó de abogado, y muy luego se dió á conocer en algunas causas políticas. Sobre todo se distinguió en el proceso de los cuatro sargentos de la Rochelle, y en la causa formada á M. Cauchois-Lemaire, procesado por una carta dirigida al duque de Orleans.

La revolución de 1830



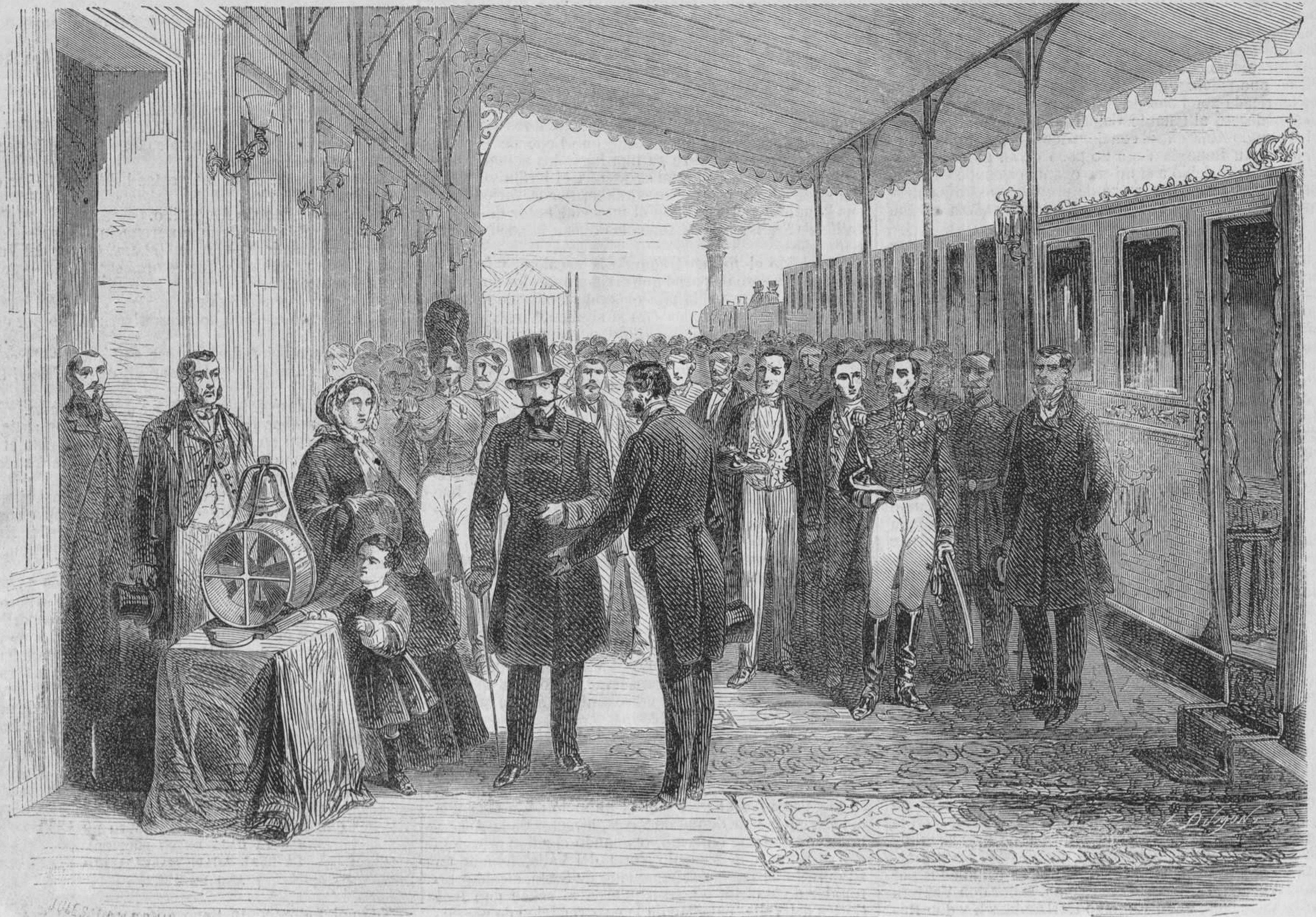
M. Chaix-d'Est-Ange, senador.

sacó del foro á muchos hombres políticos, y por consiguiente facilitó la vía á los jóvenes talentos. M. Chaix-d'Est-Ange figuró en breve en primer término. Sucesivamente le vemos en la causa del parricida Benoit, donde abogando por la parte civil, arrancó con su elocuencia la confesión del culpable; en la de la Ronciere y en la de Donon-Cadot, que hizo tanto ruido. Orador elegante, tenía por momentos explosiones que arrebatában al auditorio. Pero la cualidad que dominaba en él era el espíritu, la oportunidad y la sensatez, todo ello acompañado de ademanes quizá un tanto melodramáticos. Después de haber sido bastonero de la órden, entró en 1837 en la magistratura como procurador general cerca del tribunal imperial de Paris, empleo en que fué reemplazado hace algunos meses por M. Cordoen.

M. Chaix-d'Est-Ange ha sido diputado de su pueblo natal de 1831 á 1844; y es gran oficial de la Legión de Honor. P. P.

El aparato de M. Bazin.

Para evitar los crímenes que pueden cometerse y se han cometido ya dentro de los wagones de los ferrocarriles, se han dado á luz muchos proyectos, y se han imaginado muchos sistemas, entre los cuales figura en primer lugar un nuevo aparato inventado



Salida de Compiègne de SS. MM. — El emperador examinando el aparato Bazin.

por M. Bazin, y cuyo dibujo publicamos con estas líneas. Este aparato consiste en un tambor tendido horizontalmente sobre el techo del wagon, en el cual se encuentra un árbol provisto de seis aletas dispuestas como las aspas de un molino de viento. En cuanto el tren está en marcha, el viento hace dar vueltas á esas aletas, cuya velocidad es tanto mayor, cuanto mas rápida es la marcha. Pero en tiempo ordinario esas aletas permanecen en descanso, pues el árbol en donde están montadas se halla contenido por un cerrojo que corresponde á un cordón de tiraje en el interior del wagon. Pero supongamos descorrido el cerrojo por un viajero que necesita auxilio; las aletas dan vueltas, y el árbol que las recibe provisto en su punta de un baston, va á cada revolucion á pegar en una palanca terminada por un martillo, que hace resonar una campana existente encima del tren.

El emperador al dejar Compiègne ha examinado este ingenioso aparato y felicitado por él á su autor.

E. T.

M. H. Rose,

NUEVO LORD-CORREGIDOR de Lóndres.

M. H. Rose, cuyo retrato damos en esta pagina, es el nuevo lord-corregidor



M. H. Rose, nuevo lord-corregidor de Lóndres.

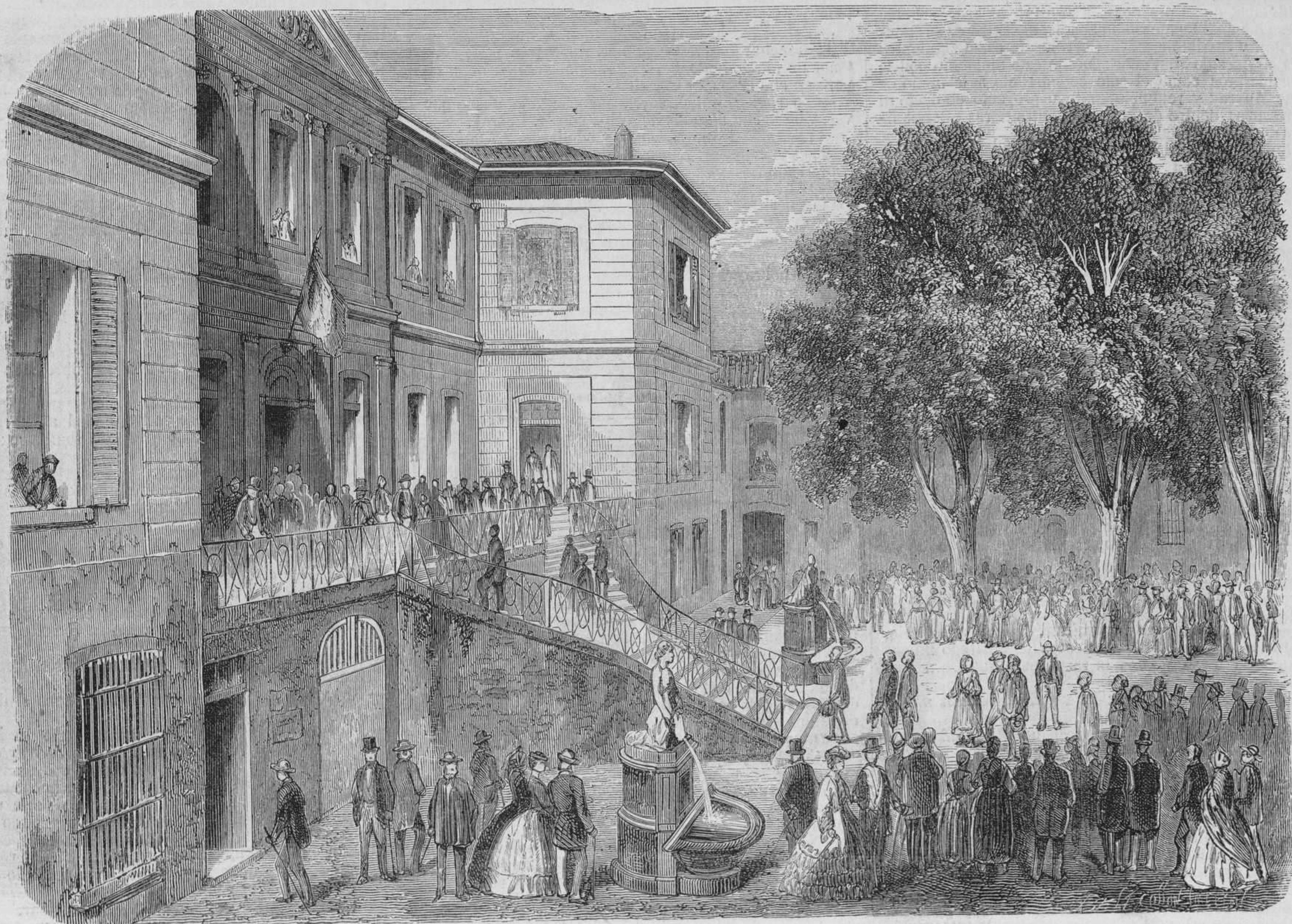
de la cité de Lóndres. — M. H. Rose, de origen escocés, es un rico comerciante de la cité, y su familia es una de las mas antiguas y honorables de la clase media. E. T.

Distribucion

DE RECOMPENSAS A LOS LAUREADOS DEL CONCURSO AGRICOLA DE APT (FRANCIA).

A falta de las conferencias agricolas existen en Francia las reuniones de los comicios y los concursos donde se instruye el labrador sobre todo con la vista. Allí se encuentran agrupados los mas hermosos animales, los productos mas escogidos y los mejores instrumentos de la comarca; se exponen las máquinas nuevas y los instrumentos perfeccionados; finalmente, se corona á los labradores y se recompensa á los ancianos y honrados sirvientes.

Hoy damos un dibujo que representa un episodio de las grandes fiestas que han tenido lugar en Apt en los dias 14 y 15 de setiembre último, con motivo del concurso agricola organizado por la Sociedad de agricultura de Vaucluse y por el comicio agricola del distrito de Apt. Esta solemnidad habia llamado al pueblo una inmensa muchedumbre. El departamento de Vaucluse es el pais natal de un ilustre agrónomo



Distribucion de recompensas á los laureados del concurso agricola de Apt.

francés muerto hace poco, y que ha dejado en pos de sí la reputación de un sabio y el recuerdo de un hombre de bien. Un crecido número de agricultores franceses llamados por M. Barral y M. Victor Borie, redactores en jefe del *Journal d'agriculture pratique* y del *Echo agricole*, se asociaron á una piadosa manifestación destinada á perpetuar, mediante un monumento duradero, el recuerdo de M. de Gasparin.

En ese mismo país de luto aun por el eminente agrónomo francés, se celebraba el magnífico concurso presidido por el subprefecto de Apt, asistido de los tres presidentes de las sociedades de agricultura, del alcalde de Apt, de M. Millet, diputado de Vaucluse, y de casi todas las notabilidades del departamento.

La inmensa multitud que había acudido de todos los pueblos del departamento y de las provincias contiguas, manifestaba con su presencia el interés que excitaba en la población las solemnidades agrícolas. A. F.

El mejor amigo.

(Conclusion.)

De todos los deudores de M. Benn Victor era sin disputa el que mas sustos y mas lágrimas le había costado, aquel á quien había hecho las mas lisonjeras protestas, y dado en fin las mas relevantes pruebas de su ternura. M. Benn se decidió casi sin discusión en favor de Victor. Sin embargo, un cálculo repentino le demostró al mismo tiempo que la deuda de Emilio era algo mayor que la de su rival. En buena conciencia, en buena justicia y en buena economía debía este tener la preferencia. Antes de ser hombre M. Benn era usurero: por esta vez fué Emilio el preferido. Pero Emilio era un joven alegre, deseoso de vida y de placeres, y que dejaba envejecer sin aprensión sus deudas y sus acreedores; mientras que Victor había dado aquella misma mañana una prueba tal de su disgusto por la vida y del arrebatado de su carácter, que á la verdad el dinero asegurado sobre su vida no estaba muy al abrigo de peligros. Esta última consideración acabó de decidir al usurero, y M. Benn encontró definitivamente al elegido de su corazón.

Resuelto una vez el sacrificio de Emilio, no pensó sino en los medios de impedir el malaventurado casamiento: la cosa no era muy difícil, bastaba solo para conseguirlo enviar al doctor á Clichy. M. Benn estaba bien seguro que nunca un negociante como M. Auvray daría su hija á un prisionero por deudas. Tranquilo ya por la infalibilidad de su proyecto, el usurero se acercó á una mesa llena de legajos que ocupaba el centro de su habitación, y escribió á M. de Corvelles la carta siguiente: « Mi querido M. Victor: Desde este momento podeis consideraros como el solo concurrente á la mano de Mlle Auvray y renunciar á todo proyecto de duelo ni venganza: dentro de veinte y cuatro horas estareis libre de vuestro rival. »

Luego entregó la carta á un comisionado y volvió á entrar en su casa para reunir los papeles que obraban en contra del deudor condenado.

Al día siguiente, 17 de octubre, M. Benn llamaba á la puerta de un vecino suyo: este vecino era un ugier.

— M. Plumet, dijo el viejo, enviad á buscar un coche y dos guardias del comercio: tengo esta misma mañana que hacer ejecutar un auto de prisión.

Algunos momentos despues llegaron los dos guardias, y aquellos cuatro siniestros personajes subieron al coche. El carruaje partió, pero poco despues se detuvo.

— Esperadme aquí, dijo M. Benn al ugier: voy á presentarme yo solo para hacer salir la caza de guarida: entonces podeis libremente caer sobre ella.

A estas palabras el ugier redobló las vueltas de sus mangas; no de otro modo muestran esta especie de gatos sus uñas; los dos guardias le imitaron, y M. Benn subió solo á la habitación del doctor.

— ¡Hola! dijo este viendo de lejos al avaro. ¡Hola! M. Benn.

— Sí, señor, yo soy, respondió el usurero arrugando el entrecejo para ocultar la mirada penetrante que arrojaba sobre el pobre joven.

— Hacia ya mucho tiempo que no tenia el gusto de veros, dijo el médico.

— Eso mismo iba yo á deciros, repuso M. Benn.

— ¿Y podré saber lo que os trae por acá? preguntó el doctor.

— Me parece que no os será muy difícil el adivinarlo, repuso el usurero: bastante tiempo he mostrado mi paciencia, pero esto no es una razón para que sea...

— Eterna...

— Vos lo habeis dicho: he venido á pedir mi dinero.

— Habeis hecho muy bien, respondió tranquilamente el doctor: os estaba esperando para daroslo.

La sorpresa que recibió M. Benn en este momento fué por lo menos igual á la que había experimentado la víspera.

— ¡Qué! exclamó, ¿vais á pagarme?

— ¿Os admira eso?

— ¿Habeis tenido alguna herencia?

— Precisamente... Ahora bien, ya comprendereis que yo no puedo tener en mi casa semejante cantidad á vuestra disposición. Aquí teneis una póliza pagadera á la vista sobre mi escribano; con que así, le entregareis estos papeles.

M. Benn adelantó maquinalmente la mano y los tomó; estaba sin saber lo que le sucedía. En efecto, ya no había medio de oponerse al casamiento del doctor, y Dios sabe á qué extremo de desesperación podía conducir á Victor con sus manías de duelo y de suicidio.

Sin embargo, M. Benn no creyó deber rechazar la fortuna que le acariciaba á su pesar, y cediendo á una especie de reconocimiento por el delicado proceder de su deudor, revistió su rostro de la mas dulce y halagüeña sonrisa que podía expresar su fisonomía.

— Ea pues, M. Emilio, dijo el usurero, yo os doy las gracias... Hasta la vista.

— No, M. Benn, repuso el doctor, sino adios para siempre.

Entre tanto el ugier, oculto en el coche y con la mano en la portezuela, atisbaba su presa por entre la persiana. Al ver al usurero solo:

— ¿Cómo es eso? preguntó sacando casi todo el cuerpo fuera del coche.

— Podeis marcharos.

— ¿Y el carruaje?

— Pagadle, que ya nos veremos.

La primera idea que se le ocurrió á M. Benn fué la de ir en aquel momento á percibir el importe de su cuenta. Por una previsora casualidad, el 17 de octubre era domingo, y las escribanías estaban cerradas. M. Benn había experimentado tantas sensaciones en el término de veinte y cuatro horas, que lo había echado en olvido. Se volvía ya con la cabeza baja y sobremanera indeciso acerca de lo que debía hacer. El ir á ver á Victor le causaba un terror insuperable. Sin embargo, era necesario verle. Victor, animado por la carta del día anterior, podría ir á casa de M. Auvray, y valía mas avisarle con tiempo que dejarle expuesto á la humillación y cruel desengaño que le esperaba en casa del negociante.

— Verdaderamente, pensó M. Benn, es lástima que no haya medio de impedir el casamiento del doctor; sobre todo ahora que me ha pagado. Si yo pudiese hacer pasar el dote á manos de M. de Corvelles, recobraría las dos deudas á la vez.

Apenas se presentó á su imaginación esta idea, principió á inquietarle sin descanso, hasta que al fin á fuerza de darle vueltas dió en lo que deseaba. Se dirigió precipitadamente á casa de M. de Auvray: le había ocurrido una idea peregrina.

Algunos instantes despues M. Benn fué introducido en casa del negociante.

— Caballero, dijo, siento venir á importunaros por una cosa que no vale la pena, pero he sabido que conociais á M. Emilio Lebray.

— Es cierto que le conozco, respondió M. Auvray, midiendo con una mirada de sorpresa el extraño personaje que tenia delante de los ojos.

— Caballero, yo me llamo Salomon Benn.

Al escuchar esta revelación M. Auvray no pudo contener un movimiento de repugnancia, pero M. Benn no paró en ello la menor atención.

— Yo soy, continuó, soy... negociante lo mismo que vos, y he hecho algunos negocios con M. Lebray.

— ¡Negocios! dijo M. Auvray admirado. ¿Y qué negocios son esos? M. Lebray es doctor en medicina y no comprendo...

— ¡Ah! repuso el usurero con una sonrisa maligna, los jóvenes tienen á veces necesidad de dinero, y entonces... ¿me comprendeis ahora?

— Sí, ahora os comprendo, respondió el negociante arrugando las cejas. Ahora bien, ¿qué tenemos con eso?

— M. Lebray y yo hemos estado algun tiempo en relaciones mútuas; pero estas relaciones han cesado, y M. Emilio me ha quedado debiendo una suma considerable.

— ¿Con que os debe dinero?

— Precisamente.

— ¿Y cuánto os debe?

— Unos treinta mil francos poco mas.

— ¡Treinta mil francos! exclamó M. Auvray levantándose bruscamente.

Despues, habiéndose vuelto á sentar:

— M. Benn, dijo, podeis continuar.

— Viendo que no podía reembolsarme de los adelantos que le había hecho, pedí y obtuve un auto de prisión.

— ¡Un auto de prisión!

— Ya veis que me sería fácil castigarle por su mala voluntad; pero no quisiera castigarle por su mala suerte.

— Caballero, repuso el negociante, yo conozco poco á M. Lebray: me ha sido presentado por un amigo hace muy poco tiempo; sin embargo, os aseguro que los buenos informes que de él me han dado desmienten completamente vuestras palabras.

M. Benn conoció que esto equivalía á pedirle pruebas de lo que había dicho. Entonces se dió mil parabienes de que el 17 de octubre fuese domingo y de que las escribanías estuviesen cerradas, porque sacó al punto su cartera, y presentando los papeles de Emilio:

— Caballero, dijo, ved aquí testigos que no me dejarán mentir.

M. Auvray se apoderó con ansiedad de los papeles y los examinó minuciosamente uno despues de otro. Hecho esto, ya no le quedó duda ninguna.

— No tengo nada que oponer á esto, dijo devolviendo con mano trémula los papeles al usurero.

Y apoyando su frente sobre ambas manos, permaneció algunos momentos sumergido en sus reflexiones.

— ¿Segun parece, dijo, M. Lebray lleva en Paris una vida bastante disipada?

— ¡Hum! ¡hum! murmuró el usurero, que conocia

toda la fuerza de su reticencia; ¡ como todos los jóvenes!

— ¿Y creéis ser vos su único acreedor? preguntó M. Auvray.

M. Benn tomó un aire de dignidad herida.

— Caballero, respondió, yo no soy un delator. Esto equivalía á decir que el doctor tenia otros acreedores.

— Perdonad, murmuró M. Auvray cayendo sobre un sillón, vencido por la indignación y la cólera.

M. Benn triunfaba: el golpe había sido dado con acierto y aprovechó los momentos de descanso que le dejaba el negociante para saborear su victoria. Sin embargo, este silencio se prolongaba demasiado, y M. Auvray no parecía dispuesto á romperlo.

— ¿Y bien, caballero?... dijo al fin el usurero.

— Y bien, respondió el negociante; M. Lebray os pagará sin duda ninguna, pues tiene á su disposición una brillante fortuna; su padre acaba de morir.

— Yo os agradezco infinito el aviso, caballero. Ahora bien: voy á hacer la última tentativa con M. Lebray, para lo que marcho ahora mismo á su casa.

M. Benn hacia esta indicación para que M. Auvray creyese que la visita que acababa de hacerle había precedido á la que había hecho al joven médico, y en la que este le había entregado las pólizas contra el escribano. Despues haciendo un profundo saludo, dejó al negociante entregado á sus tristes meditaciones y salió á la calle muy satisfecho de sí mismo.

El usurero, que ya no temía un encuentro con M. de Corvelles, corrió al punto á su casa. Ya era tiempo de que llegase, porque Victor se consumía de impaciencia.

— ¿Qué hay? preguntó el joven luego que hubo visto á M. Benn; ¿habeis vencido?

— Silencio, dijo este llevando misteriosamente el dedo á sus labios.

— ¿Qué significa esto?

— Vais á saberlo.

— Pero en fin, ¿qué sucede?

— Dentro de poco vendrá alguien que os traerá mas noticias que las que yo os puedo dar. Yo tengo aquí un presentimiento que veo me puede engañar.

Tan pronto el aire de alegría del usurero infundía esperanza, como sus reticencias llenaban de ansiedad el corazón de nuestro joven; pero á pesar de las mas vivas instancias, Victor no pudo obtener otra respuesta del inflexible viejo. Algunos momentos despues llamaron á la puerta. M. Benn se levantó precipitadamente y corrió á ocultarse en la pieza inmediata.

Era el criado de M. de Corvelles, que traía una carta; pero este, únicamente preocupado con su amor, la dejó con indiferencia sobre la mesa. Al punto M. Benn salió de su escondite, y acercándose á Victor:

— Y bien, ¡cuando yo os decía!... leed.

Victor, admirado del acento particular del viejo, abrió precipitadamente la carta y leyó lo siguiente:

« Mi querido Victor, circunstancias imprevistas acababan de libertarme del compromiso que había contraído respecto de la mano de mi hija: hoy me considero feliz en poder ofrecerosla yo mismo: venid, pues os espero con impaciencia. »

Esta carta produjo tal aturdimiento en M. de Corvelles, que tuvo por un momento que cubrirse los ojos con las manos. En cuanto á M. Benn, rebotaba de alegría.

— M. Benn, exclamó al fin el joven cogiendo con efusión las manos del anciano, ¡os debo aun mas que la vida!

— Sí; seguramente, mucho me debeis, respondió este, que como ya hemos tenido lugar de conocer, tenia siempre una idea fija y nunca descuidaba su derecho.

— Sin embargo, vos habeis enviado á M. Lebray á Clichy, y yo no puedo permitir que nadie sea privado por mi causa de la libertad.

— M. Lebray está libre, y no solo está libre, sino que me ha pagado.

— ¿Pero cómo habeis hecho?...

— Ese es mi secreto; pero andad, andad aprisa. Tomad, aquí está vuestro bastón, vuestro sombrero; no hay que perder un instante.

— Voy corriendo.

— Sí, corred, yo os espero aquí, porque quiero asistir á vuestro casamiento; eso es muy justo.

— Seguramente que sí.

— Marchad, buena fortuna, y sobre todo tened cuidado no os atropelle un coche.

Pero el joven estaba ya lejos, y se dirigía á paso largo hacia la casa de M. Auvray. Sin embargo, tropezó en el camino con la del doctor, y esta vista le recordó que tenia un deber que cumplir. En su consecuencia, subió.

— Caballero, le dijo, tengo que daros una satisfacción y ofreceros una reparación.

— Ni lo uno ni lo otro, respondió sonriendo el doctor; nadie está al abrigo de los gendarmes.

— Pero no sabeis que me caso con madama Auvray.

— Ya lo sé: aquí teneis una carta de M. Auvray que me informa de ello, y á decir verdad no me pesa en ningún modo; solamente hay uno que me ha hecho traición en este negocio, pero yo os prometo darle una buena corrección; por este motivo he cambiado de bastón.

Al decir estas palabras, M. Lebray le enseñó un roten de las mas bellas dimensiones que había sustituido al delgado junco que acostumbraba á llevar.

— Esta es la única venganza que pienso tomar.

En este momento M. de Corvelles no pudo menos de pensar en las espaldas de su mejor amigo, pero disimuló su pensamiento con cuidado, y despues de haber

apretado cordialmente la mano de su generoso rival, se dirigió a casa de M. Auvray.

Lo demás se deja adivinar. El casamiento se verificó a pocos días con gran pompa, y sobre todo con una sincera alegría de todos. M. Benn, oculto en un rincón de la iglesia, había asistido a la ceremonia según lo había prometido: pero conociendo que en adelante no le sería permitido presentarse en casa de M. Corvelles por miedo de encontrar en ella al suegro, comprometiendo al mismo tiempo al yerno, esperó a este al salir, y aprovechándose de un movimiento de la muchedumbre reunida allí, se acercó sin ser notado.

— M. Victor, le dijo, mañana mismo necesito el dinero que me debes.

— ¿A cuánto asciende?

— A cuarenta mil francos.

— Mañana estará en vuestra casa.

— Ya sabéis que yo soy siempre...

— Sí, sí, replicó M. de Corvelles interrumpiéndole, sois el mejor y el más caro de mis amigos.

Carolina la bella (1).

CARTA PRIMERA.

DE PEPE A ROBERTO.

Bogotá 15 de diciembre de 1851.

Querido amigo. — Ayer se puso en viaje para Chiquinquirá la familia de don Gaspar. A las diez de la mañana estaban todavía dando vueltas en aquella casa, que parecía en completa revolución con los aprestos del viaje. Yo me situé a alguna distancia, a ver montar a la familia. Sacaron un taburete y doña Laura subió a su sillón con bastante trabajo... ¡está tan gorda! Dos mozos recibieron sobre almohadas, que tenían en la cabeza de sus respectivas sillas, a Carmelita y a Miguel, a quienes ha sido preciso llevar así, porque no pueden montar solos a caballo. Felipa, la negra encantadora, seguramente estaba disgustada... Se notaba un fuerte sonrosado en sus mejillas. Por fin salió Carolina con un largo traje de montar, una capita de paño color de pulga y un sombrero de paja de Italia. Sus ricas trenzas colgaban por sus espaldas y un velo de crespon blanco encubría su rostro. Montó como una Amazona. Razon tienen los poetas para decir disparates. ¿Qué tiene de raro que los hagan los enamorados? Don Gaspar y su mayordomo cerraban la marcha de la caravana. Las cargas parece que habían salido desde temprano, y los arrieros tenían orden de esperar en Usaquén.

Cumplo con tu recomendación, avisándote que la bella paloma ha extendido sus alas al viento, y vuela a los lugares en que se encuentra el gavilán.

Soy tu amigo que te envidio, y a pesar de esa negra envidia todavía te amo. — PEPE.

II.

DE CAROLINA A ANITA.

Simijaca 19 de diciembre de 1851.

Mi pensada Anita. — Aprovecho unos instantes para escribirte con toda el alma estas cortas líneas.

Ayer, al ponerse el sol, llegamos a esta hacienda que queda en una hermosa esplanada, rodeada de collados cubiertos de verdura. El llano es primoroso: ¡las alamedas de sauce son bellísimas! ¡Tantos ganados, tanta frescura, tan puro el ambiente, el cielo tan sereno!... Te repito que esto es encantador: es romántico.

Nuestro viaje ha sido triste y monótono. Mi madre siempre con sus achaques. ¡Ay! ¡pobrecita! ¡ella no quiere alentarse! mi padre regañando continuamente a Felipa porque corría, porque se adelantaba, porque se atrasaba, por todo. Los chiquitos lloraban de cuando en cuando; y las bestias que llevaban nuestro equipaje nos ahogaban con el polvo que iban levantando del camino: ¡eso no era romántico, mi pensada Anita! Así es que los campos de Cipaquirá, la laguna de Fúquene y el verde senó en que queda Nemocon, todo lo he visto por entre una nube de polvo. ¿Para qué te he de describir los malos ratos de las posadas? tú has venido por aquí, y conoces las escenas y sabes las costumbres.

¡Mi querida Anita! he llorado mucho. No he tenido gusto en nada, porque me vine dejándote a ti y dejando en Bogotá mi corazón... ¡Qué viaje tan alegre si estuviera ya casada, y hubiera venido en compañía de... Supongo que habra sido muy formal y constante en visitarte, para hablarte de mí: ya no espero que venga, porque sus negocios no se lo permiten. ¿Qué hiciera yo para que los corazones que se aman de veras no tuvieran mas negocio, ni mas ocupación que la de amarse?

Mira, chinita, te suplico que cuando vayas a casa, pidas la llave de mi gabinete, y sacudas el polvo de las cómodas y el del piano, que tanta falta me hace; cuida de ver mis canarios y de hacerles un cariño: ¡los pienso tanto! Riega con tus lindas manos mis aromas y mis geranios, para que los encuentre floridos a la vuelta.

Dame un abrazo, y recibe un puro y ardiente beso de tu amiga que te ama. — CAROLINA.

(1) De la *Guirnalda* de Bogotá, colección de poesías y cuadros de costumbres, publicada por el distinguido escritor americano don José Joaquín Ortiz.

III.

DE ANITA A CAROLINA.

Bogotá 20 de diciembre de 1851.

Hermosa Carolina. — No he recibido carta tuya, y sin embargo espero una magnífica relación de tu viaje, pues tú sabes decir las cosas, si echando a un lado la pereza, te dedicas a complacer a la amistad. El campo es muy bello, y en un viaje, aunque sea corto, siempre hay incidentes que entretienen y que divierten. Cuéntame todo, como cuando poniendo tus rosadas mejillas en mi cara, me hablabas fervorosa aquella noche (ya te acordarás) en el corredor que sombreaba el *muelle* pomposo cantado por tu futuro. Como que el alma del poeta se había trasfundido a la tuya, y por eso me hablabas con una viveza de expresión, centellante como tus negros ojos, y encendida como el fuego de tu corazón de paloma. ¡Qué feliz el que merezca tu mano, Carolina, y tus cariños y tu confianza! Me he puesto a pensar muchas veces que estoy más enamorada de ti que tu romántico Teodomiro, y tengo razón para afirmarlo, por que te conozco más a fondo, y sé cuanto vales.

Ahora que digo Teodomiro, oye: anoche estuve a verme, y conversamos una media hora. Ya puedes figurarte, Carolina, de quién nos ocupáramos, y qué nombre sería el que repetimos cien veces, y cuanto elogio, elogio no, cuánta justicia tributáramos al talento, a la virtud y a la hermosura. Hablaban a un tiempo un poeta, un amante y una amiga, tres personas reducidas a dos corazones que cada uno a su modo te idolatra y te adora.

Teodomiro estaba pensativo, tocado, abismado en su idea. Yo veía dibujarse su persona en el espejo que tengo cerca de mi costurero: aquel en que se ha reflejado tantas veces tu talle encantador. Estaba pálido como la cera; su negra barba y su abundante cabello hacían un hermoso contraste con sus rasgados ojos, con su nariz bien delineada y con su soberbia dentadura. Teodomiro es un buen mozo: te lo digo, Carolina, para que lo sepas, si es que no lo sabes; y te quiere mucho, en extremo, con furor, cifrando su gloria en creerse correspondido de una muchacha tan interesante. Me habló mucho de las bellezas de Alemania y de Bélgica, países que ha recorrido recientemente; ponderó la gracia de las francesas, concluyendo siempre por decirme, que en ti se realizan todos los sueños de su fantasía: él no te baja de la categoría de los ángeles, te compara con las flores, con la brisa, ¡qué sé yo! ¡sabe tanto! y tiene un modo de decir las cosas como un libro. Al oírle creía que estaba leyendo un tomo de Zorrilla, ó los cantos de Byron ó de Espronceda. Pero también te digo que ese joven está loco y que tienes que hacer que se sangre, antes de que se lleve a efecto tu proyectado himeneo, porque es de aquellos que pueden morir de un gusto. He estado absorta mirando el abismo de su corazón: he oído el ruido de sus pasiones tempestuosas. Es un joven extremado, y así tienes que encargarte de domesticarlo, porque ese hombre celoso sería capaz del suicidio, de la mayor locura. En sus ojos he visto un relámpago, una luz fatídica, una cosa sombría que me asustaba de vez en cuando: volvía después a su sonrisa habitual, y entonces me parecía un corderillo durmiendo entre flores al lado de la madre. ¡Tremendo es el joven! Envuelto en su capa negra, con su chaleco de terciopelo y sus pantalones a cuadros accionaba a veces para dar fuerza a sus palabras: tranquilo después jugaba descuidadamente con la cabeza del estoque. Dijo que iba a escribirte. ¡Alguna resma! Ya tienes con que entretener. Dijo después que iría a las fiestas, que tiene muy buenos caballos; y a poco rato añadió: que tal vez no iría; suspiró, se acercó a ver tu retrato pintado al óleo por Espinosa (retrato que habla), calló por unos instantes y después lucieron sus ojos con aquel resplandor asombroso que me intimida. El reloj dió las nueve, y tomando su sombrero me hizo una elegante cortesía y se despidió, dejándome incierta de su marcha.

Por lo que te digo, puedes formarte alguna idea de la visita del afortunado, del... yo no sé cómo llamarlo, de Teodomiro, de tu Teodomiro.

Mil cariños a la Negra, y que me perdone que no le escriba, pues me preparo a hacerlo muy despacio. Me parece que no quedarás disgustada: acabo de endulzarte el oído hablándote de lo que más te gusta; y creo que bien merece mi decidido afecto un fraternal abrazo y un beso amistoso. — ANITA.

IV.

DE ROBERTO A PEPE.

Chiquinquirá 22 de diciembre de 1851.

Mi buen Pepe. — Ayer llegaron a Chiquinquirá: es decir, que ayer vieron mis ojos el blanco pecho y los negros ojos de la paloma, ayer oí su tierna voz que remeda un arrullo, ayer...

Estoy sofocado, inquieto; me levanto a escribirte porque no puedo conciliar el sueño. Cuando me acosté resonaba en mis oídos la voz de Carolina; la veía, la tenía siempre a mi lado, creía estar oyendo de sus labios de flores la sencilla historia de su viaje; pero ya no me ama... algún secreto tiene en su corazón, y yo, ¡necio! pensaba que era el único. Algun recién llegado, algún extranjero, algún genio salido del infierno es el que ha venido a perturbar mi felicidad. ¿Quién será ese

dichoso? Quién será el que... Tal vez son delirios de la fantasía: sí, delirios de mi fantasía, porque es imposible que haya llegado a olvidar lo que fue, y lo que fui. ¿Pero no es mujer? ¡Oh! perversa raza que carga con la maldición echada, en un jardín deleitoso, sobre la frente de la madre del linaje humano.

A la media noche.

Pedí mi caballo, y acabo de dar un paseo para refrescar mi sangre que hierve. No ha sido un paseo el que he dado, ha sido un galope: la luna estaba en su oriente y bañaba con su luz de perla estos bellos campos: el aire impregnado de rocío mojaba mi flotante cabellera. He corrido desatentado, loco, perdido, por librarme del demonio de mi corazón. He pasado por la casa donde duerme ella a estas horas, soñando tal vez alguna perfidia: quizá el galope del Cisne la haya despertado, ó... No hay descanso para el que pena en la incertidumbre: por lo mismo no hay descanso para mí, mi querido Pepe.

Estoy esperando a mi primo Teodomiro que debe llegar mañana: me escribe que viene a pasar algunos días aquí, para ver si disipa un poco ese mortal *spleen* que trajó de Inglaterra. ¡Pobre Teodomiro! yo le estimaría más si no fuera tan anglosajón, y me serviría de mucho consuelo si no fuera tan romántico. Me ha dicho que está enamorado de Felipa, beldad de segundo orden, comparada con Carolina. Es lo que yo digo: estos mozos que salen de Bogotá a viajar por el extranjero, sin principios, pervierten su gusto en sus correrías y vuelven insufribles. Teodomiro se pica de excéntrico y afirma que la vivacidad de Felipa es la adecuada para desterrarle su *spleen*. Ciertamente; quince años, una boca tan fresca, unos ojos que miran adelante, sin saber todavía el camino de los placeres, unos brazos tan redondos y un seno que se subleva contra el corsé, son aperturas para hacerle vomitar toda la flema británica.

Mi querido Pepe, no niegues un poco de compasión a tu amigo, que en verdad la merece. Tú, abroquelado con tu prudencia, atrincherado en tus teorías, parapetado con tus principios, eres un filósofo a los treinta años, como Teodomiro es un joven aburrido de la vida a los veinte y seis, y yo soy un loco de atar a los veinte y cuatro. Entre los tres te llevas la palma, pues ciertamente, si has gozado poco has sufrido menos. ¡Ay de los hombres que apetezcan lo mejor y busquen el más florido pimpollo entre los zarzales espinosos de este mundo! ¡Ay de los que quieren satisfacer su vanidad, si esa vanidad es inmensa! ¡Ay de los que, como yo, no ven entre las sombras del porvenir sino el desengaño ó la muerte!

Las fiestas están muy concurridas con tantos peregrinos que vienen a pagar su promesa a la Madona de Chiquinquirá. Nos amenazan con famosos bailes, y si Carolina tiene la bondad de asistir a alguno de ellos, ya puedes asegurar quién será « la reina de la gracia y de la hermosura, » como decían los paladines en los antiguos torneos.

No sé lo que escribo, no sé lo que quiero, solo sé lo que amo, y que soy tu amigo, que no merece que lo envidies, a no ser que los filósofos y los felices deban envidiar la suerte horrorosa de los hombres apasionados. — ROBERTO.

V.

DE FELIPA A ANITA.

Chiquinquirá 22 de diciembre de 1851.

Mi querida Anita. — Estamos muy contentas: yo estoy que bailo en un pie, a pesar de los regalos de papá y de las reservas de Carolina.

Figúrate que salgo por las mañanas a ver ordeñar, y ya tengo un ternero que me quiere mucho y me lame las manos. Es un ternero blanco, con la cara pintada de negro, y me lo voy a llevar para Bogotá con la madre, cueste lo que costare. Mi papá sabe mi pensamiento, y aunque al principio dijo que no, fué tanto lo que le importuné, que al fin ha dicho que sí. ¡Muchas gracias, mi querido papá! ¿Para qué sirven esas onzas viejas que tiene guardadas, sino para darle gusto a su *juiciosísima* Felipa? ¡Eso es! A su Negra encantadora, como dice Vd. cuando está de buen humor.

Figúrate, Anita, que cuando vuelvo de ver a mi ternero, a mi cielo de cara pintada, salto por el arroyo y cojo rosas a manos llenas hasta que me canso, y pongo mi sombrero adornado con ellas, que parece una canastilla: ayer se rieron mucho cuando pasé por la plaza como disfrazada, con gargantilla, alfiler, pulseras y cinturón de rosas. No sé qué día de esos me entró la humorada de meterme a cazadora de mariposas, y cogí muchas, blancas, negras y amarillas; pero ¡ay! una azul, grandísima, con las alas plateadas, se me escapó, yo corrí, la perseguí, pero me embarré las medias y los zapatos. Al regresar a casa estaba papá furioso, porque no había vuelto a la hora del almuerzo; pero al verme tan embarrada y a pesar de eso tan carialegre, no pudo contenerse y me dió un beso en la frente. Por supuesto le he prometido que seré muy juiciosa, y estoy pensando en ello.

¿Qué te diré de los nidos de pajaritos que he descubierto? Figúrate, sobre todos, uno que hay entre unos jazmines silvestres, cerca del camino que va para Hato de Burras. ¡Ah! ¡qué nombre tan cansado y tan de mal tono, y puesto a una hacienda que tiene bellísimos campos!

(Se continuará.)

Grupo de plata

REGALADO POR EL COMERCIO Y LA INDUSTRIA DE LIEJA A M. FRERE ORBAN, MINISTRO DE HACIENDA BELGA.

La ciudad de Lieja ha querido demostrar á M. Frere Orban su viva gratitud con motivo de la reforma de la abolición del derecho de puertas, cuya iniciativa tomó este ministro en el parlamento de su país. A fin de consagrar el inmenso servicio hecho por M. Orban á las ciudades y á los campos reunidos para siempre con la supresión de los vejámenes fiscales tan perjudiciales á los intereses de todos, un comité de quince miembros, á cuya cabeza figuraban M. Jeoffroy de presidente, y M. A. Lasseuce de secretario, fué encargado de entregar á M. Frere Orban el grupo de plata cuya reproducción se ve en esta página. Esta obra notable, debida al cincel de M. Drion, resume alegóricamente el discurso dirigido á M. Frere Orban por M. Jeoffroy en esta ocasión, representando á la Agricultura apoyada con confianza en su hermana la Industria, á cuyos piés se ven unas cadenas rotas. La nueva ley ha hecho dar á las libertades belgas un paso inmenso que importaba consagrar de un modo preciso, pues la abolición del derecho en cuestión no es otra cosa que el prefacio de la abolición de las aduanas. L. S.

El puerto de Kiel.

Hé aquí un dibujo que representa el puerto de Kiel. Kiel se encuentra en el mar Báltico y forma parte del ducado de Holstein. Puede decirse que este importantísimo puerto es una de las razones principales que animan á la Prusia en la cuestión desde hace tanto tiempo debatida del Schleswig-Holstein. La Prusia quería hacer del puerto de Kiel un puerto esencialmente alemán, y su posesión, mas aun que el Holstein en sí, es la verdadera causa del debate que tanto se pro-

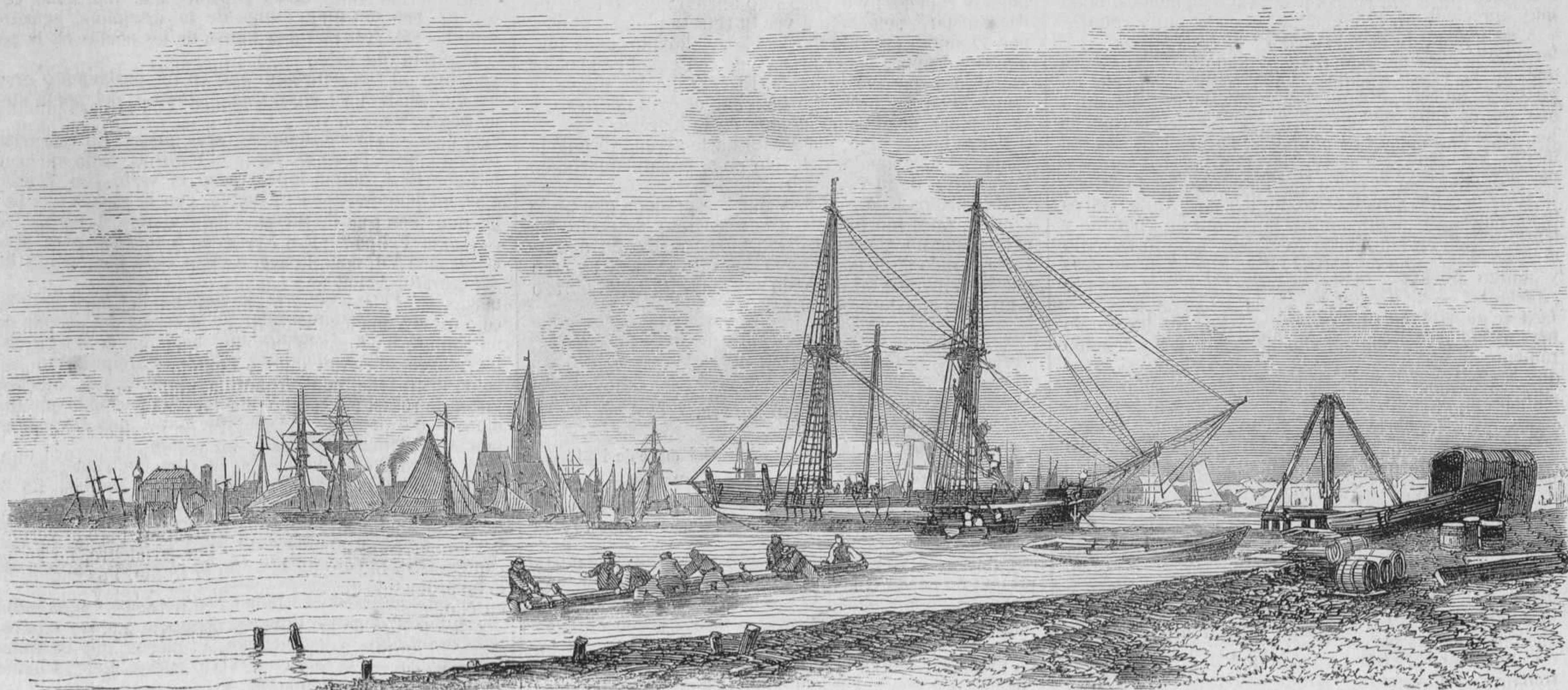


Grupo de plata regalado por la ciudad de Lieja á M. Frere Orban, ministro de Hacienda belga.

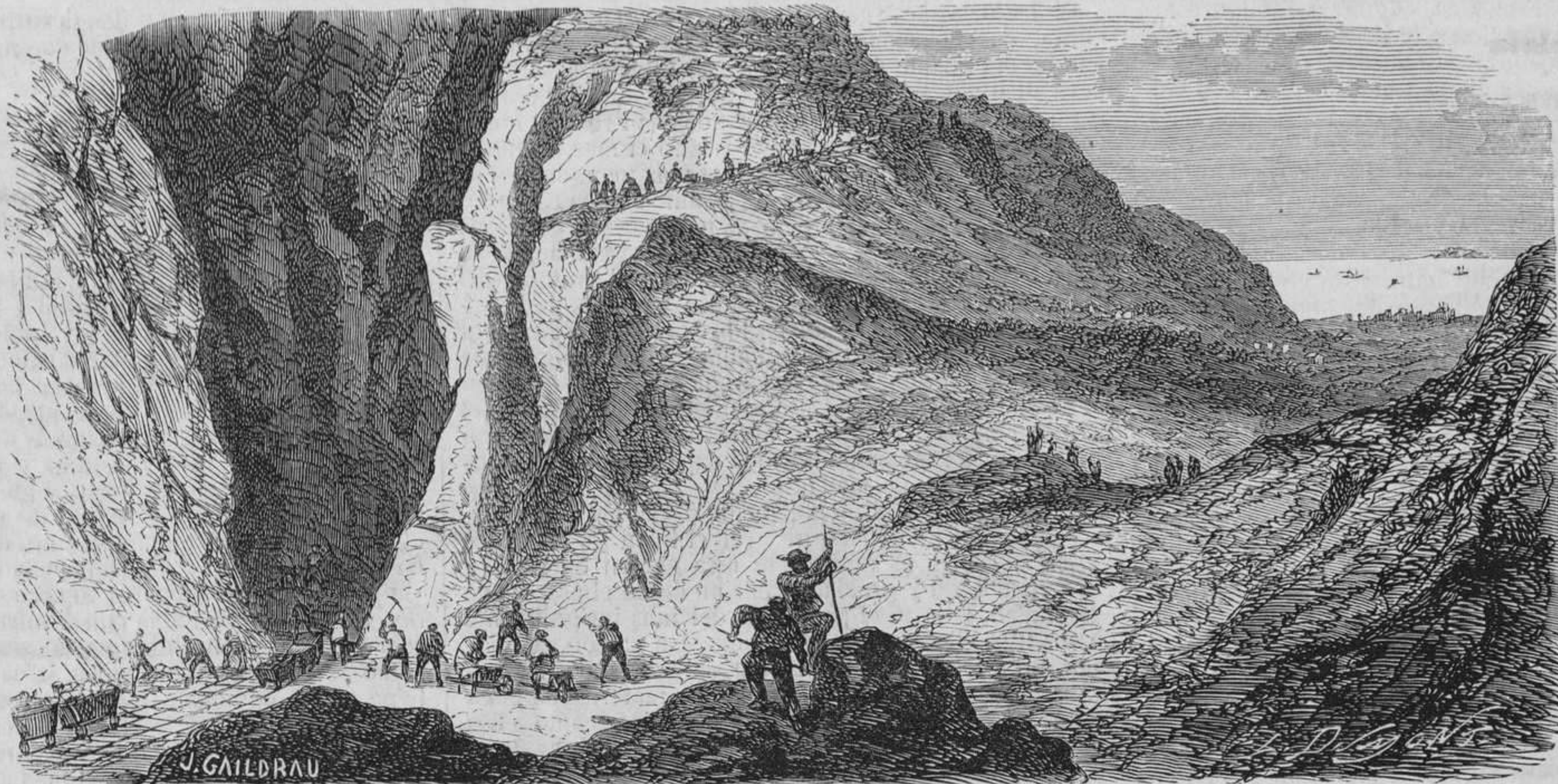
longa entre la corona de Prusia y la corona de Dinamarca. E. T.

Las minas del Monte-Calvi Y DEL ACQUA-VIVA,

Cuando se echa una ojeada general á las minas de plomo y de cobre de la Europa, se sorprende uno con la inmensa prosperidad relativa del grupo concentrado en una porción bastante limitada de la Italia central, y que comprende principalmente las minas de monte Poni y de monte Santo sobre el revés oriental de la isla de Cerdeña, y la de monte Cattini en el continente. Esta última da cinco millones de francos de beneficios anuales. Pero la sorpresa se acaba cuando uno se da cuenta de las circunstancias particulares en que se ofrecen los criaderos metalicos en ese territorio privilegiado. En vez de hallarse comprendida en filones estrechos, la materia mineral útil se encuentra diseminada con profusion en enormes masas eruptivas que aparecen por sí levantando las capas que las tenían ocultas. En este caso se comprende que la extracción se haga con baratura, y sobre todo, que se llegue facilmente á un laboreo muy extenso, que es la condicion indispensable para un buen resultado. En el adjunto dibujo damos la representación exacta de una de esas masas metalicas que los geólogos llaman *dykes*. Esta masa forma uno de los criaderos mas importantes de la concesion de Monte-Calvi, situada cerca del puerto de San Vicente en la Toscana, y sobre la cual se acaba de llamar la atención pública por los trabajos del ingeniero M. Toussaint; la atraviesa el valle de San Silvestro cortándola en dos, perpendicularmente á su longitud y poniéndola á descubierto á la derecha y á la izquierda por dos cuevas de 50 metros de anchura y 80 de altura cada una. En tales condiciones, se puede extraer el mineral como se extrae la piedra en las canteras. Como á mayor abundamiento, el *separador tubular* de M. Toussaint permite tratar con notable economia masas indefinidas de mineral, es facil explicarse los beneficios que dejan



El puerto de Kiel en el Báltico.



Las minas del Monte-Calvi y del Acqua-Viva (Toscana). — Laboreo al aire libre en un dyke plomo argentífero.

tales minas, con una inmensidad de produccion á que jamás podrían alcanzar las que se trabajan por filones. C.



Luis Uhland, poeta alemán.

El poeta Luis Uhland.

El jefe de la escuela poética conocida en el movimiento romántico de la Alemania con el nombre de *Escuela de Suabia*, el autor de baladas que han llegado á ser clásicas en la otra parte del Rin, aquel á quien han llamado el Beranger alemán, J. Ludwig Uhland, ha muerto el 14 de este mes. Era un hijo de esa tierra dichosa de Wurtemberg que ha producido la poética raza de los Minnesinger.

Habia nacido el 26 de abril de 1787 en Tubingue, cuyas escuelas y universidades frecuentó.

Su abuelo era un teólogo distinguido, y Luis Uhland fué destinado á la misma carrera. Sin embargo, estudió leyes y se graduó de abogado en 1808, y después de doctor en 1810. — Inmediata-



M. Mouhot, viajero naturalista.

mente después hizo un viaje á Paris con el objeto de estudiar los numerosos manuscritos que contienen poesías alemanas y francesas de la edad media, y que se hallan en la biblioteca de la calle Richelieu. De estas poesías entresacó una colección de cantos populares en dos tomos, muy apreciada en Alemania.

A su regreso obtuvo un empleo en el ministerio de la Justicia, y publicó en los almanques de la época algunas composiciones que gustaron mucho. Sus primeras producciones que son de 1807, manifiestan la impresión que los sucesos políticos habían producido en su mente. Veía la decadencia de la nación alemana; pero en breve asistió á su resurrección y á su triunfo, y fué uno de los jefes del movimiento nacional. Sus *Lieder*, impresos en hojas volantes, circulaban de mano en mano; no tenían el ardor de los *Sonetos acorazados* de su rival y amigo Ruckert, pero las composiciones: *¡Adelante!* — *el Mensaje de la Victoria*: — *el Lied de un cantante alemán*, etc., respiraban el más noble patriotismo, y se apartaban enteramente de las tendencias de los románticos, que pedían á gritos la restauración del viejo edificio, de aquella caricatura antigua, aquel *santo imperio romano*, que como se ha dicho con razón, nada tenía de *santo*, ni de *imperio*, ni de *romano*. Uhland ha salido del romanticismo, pero no ha consumido su talento en medio de las anticuallas de la edad media, objeto constante de la predilección de esa escuela. Tiene sin duda alguna mucha simpatía, pero nada que se parezca á la pasión por el culto de los románticos, por las catedrales, los *burgs* almenados, los caballeros, etc.; todo esto le sirve para adornar sus cuadros, mas sabe dar á sus personajes una vida y una verdad que faltan en las poesías de los románticos puros. Por esto hace mal la crítica en confundirle con el partido romántico; únicamente cuando abdica el romanticismo (1833) las poesías de L. Uhland reunidas en colección



José Estevao de Coelho Magalhaes, diputado portugués.

obtienen verdadera boga. Entre la primera edición (1815) y la segunda (1820) trascurre un espacio de cinco años; la tercera no ve la luz hasta 1826; pero á contar de 1833, sale regularmente una cada año, y á veces dos.

Uhland había podido poner en práctica sus principios liberales, pues en 1819 fué llamado por la ciudad de Tubingue, como mas tarde lo fué por Stuttgart, á tomar

asiento en la asamblea de los Estados. Se incorporó entre los miembros de la oposición constitucional y defendió el *buen derecho antiguo* (es el título de uno de sus *Lieder* más conocidos) contra las pretensiones ridículas.

Goethe, el gran pontífice que ante todas cosas era muy amigo de la disciplina, censuró esta introducción nueva de los poetas en la política.

Y sin embargo, aun en un parlamento eran dignas de oírse estas palabras del poeta alemán:

« ¡Otros tiempos, otras musas! En esta edad sería, nada me agita el corazón, nada me excita á cantar tanto como el verte ¡oh Temis! triunfando en tu fuerza, con la espada y la balanza en la mano, y convidando á tus pies á los pueblos y á los reyes, á aquellos para presentar sus quejas, á estos para dar cuenta de sus acciones! »

Pero ¿qué era la defensa del *buen derecho antiguo* comparada con la osadía del partido de la *jóven Alemania* que acababa de surgir teniendo á su cabeza á Enrique Heine? Por eso la escuela suaba fué destronada por aquellos innovadores que destruían sin piedad lo que todos habían considerado como muy respetable hasta entonces.

No obstante estas nuevas doctrinas, se ha hecho á Uhland la justicia que merece. En la balada y la canción es un maestro, un clásico. Sus *Lieder* brillan por la pureza del estilo, la nobleza del pensamiento y la finura de los detalles. Bajo este concepto es un discípulo directo de Goethe.

Se ha comparado á Uhland con Beranger, pero nadie ha indicado mejor la inmensa distancia que los separa, que un célebre crítico alemán, L. Børne, que ha dicho lo siguiente: « Beranger es vivo, burlon, galo; Uhland es grave, piadoso y sencillo. »

En 1848 Uhland entró en la vida política, y fué envia-

do al parlamento de Francfort. Siguió á Stuttgart los restos de la asamblea nacional, y desde entonces vivió en un estuudioso retiro. G. D.

Alejandro Enrique Mouhot,

NATURALISTA VIAJERO.

Alejandro Enrique Mouhot, naturalista y viajero, nació en Montbeliard, departamento del Doubs, el 15 de mayo de 1826. Después de haber residido en Rusia durante diez años, se fué á Inglaterra, donde se casó con una inglesa parienta del ilustre viajero Mungo Park. Por sus relaciones y el interés que le ofrecía el reino de Siam, poco conocido é inexplorado entonces, M. Mouhot salió de Europa en abril de 1858 con dirección á ese país. Mediante un viaje de mas de año y medio en el Cambodge, que atravesó del Este al Oeste, del Sur al Norte, por el Mekong y hasta la frontera del Lao, visitó las tribus salvajes entre esos dos países y la Cochinchina, atravesó el lago Touli-Sap, y exploró las provincias de Ongcor, donde descubrió magníficas ruinas minuciosamente descritas por él en una relacion que mandó á la sociedad geográfica de Londres. Después atravesó la cuenca del Mekong en la del Menam, y partiendo de Battambang, cruzó al Oeste hasta Bangkok. A su regreso á esta capital, M. Mouhot emprendió un segundo viaje por el interior al noroeste del país, y por amor á la ciencia corrió á buscar una muerte casi segura. Llegó á Luang-Shraburg, capital del Lao, en los confines del Tonquin el 26 de julio de 1861, al cabo de cuatro meses y diez días de viaje, esto es, de penas y fatigas inauditas.

Durante este tiempo, M. Mouhot no cesó de enviar numerosas colecciones de varios ramos de historia natural, que el Museo británico posee en gran parte, principalmente una magnífica muestra á la que se dió el nombre de Helix Mouhoti. Desgraciadamente el clima de aquellos países le fué fatal, y el 10 de noviembre de 1861 murió en los confines del Tonquin. Sus preciosas colecciones han sido traídas á Inglaterra. P. P.

José Estevao de Coelho Magalhaes.

Uno de los diputados mas populares de Portugal, uno de los servidores mas ardientes de la causa liberal, José Estevao de Coelho Magalhaes, ha fallecido el 3 de noviembre último, de resultas de una congestión cerebral. Nacido en 1810, se alistó en 1828 en el batallón académico é hizo la campaña con Don Pedro IV, ganando todos sus grados hasta el de teniente coronel que tenía á su muerte.

Desde 1837 era diputado, y su voz enérgica y patriótica habia resonado en todo el país.

José Estevao fué tambien periodista. Fundador del periódico la *Revolucion de setiembre*, sostuvo este diario durante muchos años á pesar de todas las persecuciones.

Era de un noble caracter. Tuvo envidiosos, pero no enemigos, y no podía tenerlos el que era tan afable, tan sencillo en su vida, el que jamas empleó el poder de su palabra y de su posición mas que para ser útil á su patria. Para sí nada queria y nunca pidió nada.

José Estevao era oficial superior de artillería y profesor de economía política en la Escuela politécnica, oficial de la orden de la Torre y de la Espada, y nada mas.

En su testamento, hecho de comun acuerdo con su esposa, la ordenó que jamas solicitara la mas mínima cosa para ella ó sus hijos en recompensa de los servicios que él hizo á su patria.

La muchedumbre que asistió á su entierro era inmensa; todas las clases de la sociedad se hallaban allí representadas. Estaban el ministerio entero, todos los diputados, enviados de todas las sociedades populares de la capital; una diputación de la Escuela politécnica, los profesores de esta escuela y del Instituto industrial, con casi todos los periodistas.

El féretro fué llevado por el pueblo.

La Cámara de diputados, en su sesión del 5 de noviembre, decidió por unanimidad que se abriera una suscripción nacional para erigir un monumento fúnebre al ilustre orador, y que el asiento que ocupaba en la Cámara quedaria cubierto con un crespon durante una semana, digna recompensa hecha por un país á su defensor. P. P.

España en Londres.

CARTA DECIMASETIMA.

Así como, á mas de la exposicion universal de la industria y las artes, habia en Londres una exposicion especial de objetos antiguos, y otra exposicion especial de agricultura, y otra exposicion especial de caballos, y otra exposicion de perros, y otra de flores, y otras mil exposiciones que, en mas ó menos extension, se referian á asuntos de interés público para extranjeros y nacionales, así tambien hubo un día destinado á la exposicion especial de gentes. Este día fué el establecido para la distribucion de premios á los expositores.

El lector sabe ya, y si no nosotros se lo decimos ahora, que el palacio de Kensington, edificado en el parque del mismo nombre, y frente al gran Museo que lleva su título, tiene por desahogo, ó como si dijéramos patio de recreo, el jardin de la Sociedad real de horticultura, que es, no solo el mayor, sino el mas elegante, el mas espacioso, el mas rico y el mas monumental de los jardines de Londres. A este jardin se entraba en los días ordinarios por el precio mismo de la exposicion; los días extraordinarios exigian una leve cuota por su ingreso; los sábados se pagaba 25 rs., y el gran día del jardin, esto es, el día que llamamos nosotros de la exposicion de gentes, se hallaba libre para todo el mundo, merced al alto precio que se habia establecido para la contemplacion general de la ceremonia. En este jardin y al aire libre es, con efecto, donde iba á celebrarse el acto solemne de recompensar al ingenio humano en sus legítimos representantes, los expositores mas notables de todos los países cultos.

Se engañan mucho, ó por mejor decir, hablan de memoria los que niegan en general el buen gusto de los ingleses. Ciertamente es que existe otra nacion en Europa cuya coqueteria y gracia se reflejan desde el aspecto de sus ciudades hasta el pormenor del mas insignificante de sus utensilios domésticos; y que esa nacion, comparada, no diremos con Inglaterra, sino con todas las restantes del globo, sobresale siempre en materias de buen gusto, y casi monopoliza el *savoir-faire*, como ellos mismos llaman al agradable atractivo de sus obras. Pero si Inglaterra está después de Francia en el menudeo de la belleza (á pesar de lo mucho que ha adelantado en este sentido durante los últimos años), no lo está seguramente en cuanto á la forma y disposicion de esos conjuntos gigantescos en los cuales se atiende menos á la gracia del perfil que á la armonia, severidad y buen aire, digámoslo así, de la composicion. Bajo este punto de vista no tiene nada que envidiar á pueblo alguno.

Tratábase ahora de congregar para un mismo acto á príncipes y magnates de todas las naciones; á sabios, industriales, artistas, escritores; curiosos opulentos de todos los países; altezas individuales á quienes su excesivo número convertía en muchedumbre; pero muchedumbre especial, cualquiera de cuyos ejemplares significaba en su ramo, en su patria, en su centro de acción tanto por lo menos como los que en congregaciones particulares merecen solios y exigen preeminencias de localidad y agasajo en la forma de recibirlos. ¿Dónde pues congregar esta masa de gentes distinguidas? ¿cuáles sus asientos y colocaciones? ¿quién el receptor de tan extraño, numeroso y espléndido concurso?

Los ingleses lo resolvieron de esta manera: para salón el campo; para techumbre el cielo; para alfombra el césped y las flores; sobre una cascada un trono; para receptor la sombra de la reina; para orden gerárquico el abecedario de las naciones; para emblema de la festividad banderolas industriales; para agasajo músicos y armonias de todos los países presentes; para espléndidez de la ceremonia 70.000 espectadores atraídos por la novedad de la misma. Tal y no otro fué el programa. Véase si con razon decimos que aquello, mas que una solemnidad propiamente dicha, era una exposicion de gentes. ¡Pero qué gentes!

Hay en las multitudes de Inglaterra mucho mas que observar que en las multitudes de ninguna parte. La organizacion social del pueblo inglés, ya lo hemos dicho antes de ahora, establece profundas divisiones de gerarquía que trascienden hasta la plaza pública, cuanto mas en los límites de un concurso cualquiera. Las aristocracias, no solo se separan de las democracias, sino que ellas mismas se alejan entre sí por ramos y condiciones, como si nada tuvieran que ver las unas con las otras. El pueblo obrero no se mezcla nunca con el pueblo comercial, ni el pueblo comercial con el pueblo pensador, ni el pueblo pensador con el pueblo rico, ni el pueblo rico con el pueblo ilustre. Si alguna vez la índole de la reunion convocada exige la presencia de clases distintas, como sucede comunmente en los asuntos públicos, esas clases, sin embargo, se ven allí divididas por ciertas vallas sociales que, si imperceptibles para la generalidad de las gentes, no lo son para el observador prevenido. Parece que cada inglés tiene la medida exacta de su valor y la conciencia justa del rango que le corresponde, para no incurrir en desigualdades que le depriman ó le enaltezcan mas de lo necesario. De este respeto á la autoridad privada proviene el respeto á la autoridad pública, y ambos son causa manifiesta del orden admirable que se observa siempre en todos los concursos.

Parece mentira que un pueblo como Londres, cuya vecindad se eleva á tres millones de habitantes, esté gobernado por 8.000 policías que no gastan espada ni baston. Este fenómeno, que admira á cuantos tienen noticia de él, merece bien estudiarse mas de lo que se estudia, porque acontece en un país que no se distingue por lo dócil, ni por lo morigerado, ni por lo culto de sus clases inferiores. La mayor parte de los extranjeros que van á Londres, se contentan con admirarse del fenómeno y achacarlo todo lo mas á casualidad ó milagro; pero en el mundo no hay milagros ni casualidades cuando dependen de los hombres; en el mundo de la humanidad no hay mas que matemáticas.

¿Porqué es tan facil de gobernar el pueblo inglés? Porque su gobernacion no depende tanto del gobierno como del pueblo mismo; porque hay clases, y las clases se gobiernan las unas á las otras; porque hay gerarquías, y las gerarquías sirven de antemural á la licencia; porque hay desigualdad social, y la desigualdad social es el fundamento y el emblema de la igualdad

moral; porque hay, en fin, despotismo individual, y el despotismo individual (vamos á escribir una frase tremenda), el despotismo individual es la única base de la libertad pública.

Aquellos que se escandalicen de ciertas palabras porque no están acostumbrados á leerlas en el diccionario corriente de la política contemporánea, pueden esperar un rato si gustan para informarse de lo que vamos á decir. Porque precisamente hablamos de un país en donde son verdad las libertades posibles; en donde existe la libertad individual y la libertad del trabajo, y la de la industria, y la de la vida, y la de las costumbres, y la de las palabras, y hasta de la conciencia. Porque cabalmente Inglaterra es el único pueblo antiguo y moderno donde el hombre de bien puede acostarse diciendo: «nadie me levantará como yo no quiera»; el único país donde el hombre activo puede decir: «yo seré rico si me da la gana»; el único país donde el hombre sabio puede decir: «yo seré escuchado de todos como me empeñe en serlo»; el único país donde el hombre de gran entendimiento, de gran instruccion, de gran moralidad y de gran patriotismo puede decir: «mi padre fué un cochero, yo seré casi tanto como un rey.» Y cuando se habla con admiracion de un país de esta especie, y sin embargo, se sientan proposiciones como la que nosotros hemos sentado, parece que se tiene cierto derecho á refutar acreditadas teorías, sin incurrir en la nota de oscurante ó feudalista con que ya nos habra anatematizado mas de uno.

Engañan miserablemente al pueblo los que le explican la igualdad de la manera que se explica en nuestros días. Se engañan miserablemente á sí mismos los que predicán una igualdad social que no existe filosóficamente, que no debe existir de hecho, que no creen ni practican los mas democráticos predicadores. No hay mas igualdad que la igualdad moral, aquella por la que los hombres deben ser gobernados; la igualdad de la justicia, la igualdad de la recompensa, la igualdad del derecho. Pero esa otra igualdad (y es la que se proclama comunmente, la que se quiere y la que se acepta), que consiste en la confusion de los entendimientos, de las actividades y de las virtudes; esa otra igualdad que tiende á la subversion de todo orden gerárquico, al desprecio de todas las preeminencias justas, al grosero repudio de toda clase de autoridades; ese principio perturbador que se va inoculando lentamente en las entrañas del pueblo, por el cual, á pretexto de derribar los ídolos, se derriban las imágenes; á pretexto de destruir innatas noblezas, se destruyen noblezas propias; á pretexto de barrer odiosos privilegios, se barren y ensucian privilegios sagrados que tienen por origen el saber, la actividad, la virtud, el valor ó el patriotismo; y todo en nombre de una igualdad casi física, igualdad, como si dijéramos, de estatura, de bolsa y comedores; igualdad repugnante que confunde al sucio con el limpio, al cortés con el incivil, al bueno con el malo, al que debe aprender con el que ha de enseñar, al que trabaja con el que duerme, al que tiene conciencia con el que carece de ella, al que vive á costa de los demás con el que produce para muchos, — esa igualdad es un crimen predicarla, es una insensatez sentirla, es una abdicacion reconocerla.

Los ingleses no la han reconocido nunca, no la reconocen ahora ni llevan trazas de reconocerla jamás. Y cuenta que no es el gobierno quien lo prohíbe, porque allí, como hemos dicho muchas veces, el gobierno casi se mete en nada; son los ingleses mismos quienes lo rechazan; son las clases las que se circunscriben; son las gerarquías las que se parapetan; es, como anunciamos antes, un despotismo individual el que produce la suma de libertades públicas. Cada inglés, teniendo á gala el no elevarse y á desdoro el hundirse, aprende lo que debe á los altos por la cantidad que exige á los pequeños; y la suma de exigencias de arriba abajo con la de respetos de abajo arriba, constituye ese equilibrio social nunca interrumpido por débiles condescendencias que hace gobernable á un pueblo cuya docilidad, repetimos, cuya cultura y morigeracion están muy lejos de la exactitud.

Ahora se comprenderá cómo un pueblo de tres millones de habitantes se gobierna con 8.000 salvaguardias sin espada ni baston; porque se comprenderá tambien que esa fuerza no es escasa como parece, sino antes bien la mas numerosa del mundo, toda vez que la policía de levita azul y galones blancos en la manga es la mas insignificante, habiendo como hay una policía social que consta de 2.999.000 salvaguardias para cada inglés de los que transitan por Londres.

Si este despotismo gerárquico fuera intaladrable, se convertiría seguramente en un despotismo político muy odioso; pero como todo ciudadano tiene el derecho de roturar esas clases y esas gerarquías; como los caminos públicos están abiertos, y un tendero de comestibles pasa á *baronet* y á ministro si sus méritos y su trabajo lo justifican, nadie tiene derecho á quejarse de opresion; y á la verdad nadie se queja, sino por el contrario, todos persisten en la invulnerabilidad de su clase, seguros de que en ella estriba el gran principio del respeto y dignidad humanas.

Tan lejos de ser un despotismo odioso, es la base del progreso, del orden y de la libertad. Las diferencias son el alma de la emulacion; y á la manera que un muchacho desaliñado y sucio á quien sus padres no pueden ver decente ni por consejos ni reprensiones, se convierte en atildado lechuguino desde el momento en que se enamora de una muchacha y aspira á ser preferido de ella; del mismo modo, aun cuando la comparacion parezca extravagante, los hombres se esmeran y

trabajan por obtener un grado superior distinguido, desde el instante en que ese grado se alcanza a fuerza de méritos ejemplares.

Es también la base del orden, porque el orden depende del respeto mutuo, sin el cual una confianza hoy, una imprudencia mas tarde, una agresión despues, conducen naturalmente a ese estado de anarquía social en que, a pretexto de patriarcales franquezas, se incurre en insufribles vejaciones. Y por último, es la base de la libertad, porque no hay libertad sin derechos y sin deberes, ninguno de los cuales se ajustan mas al carácter independiente del hombre, como el deber de no molestar a nadie y el derecho de no ser molestado por ninguno. Y no se diga que en un pueblo constituido de gerarquías la última es la que sufre la pesadumbre de las demás, pues al contrario, allí donde por convencimiento y por costumbre se respeten todas las clases, es donde puede ser respetada la que no tiene que alegar otros títulos de consideración que su trabajo y su pobreza, poco ó nada respetados comunmente sin duda alguna.

Vive pues el pueblo de Inglaterra en la persuasión de ser mas libre que ninguno, porque se hace voluntariamente esclavo de las leyes sociales que embarazan la acción de todos los malos instintos y facilitan el ejercicio de todos los buenos; respeta por cálculo la supremacía de los poderosos, en la esperanza de llegar facilmente al punto del respeto y en la certidumbre de ser a su vez respetado lo mismo de los que le superan que de los que le siguen en fortuna; conserva, por fin, el orden con perseverante exactitud, porque la experiencia le ha enseñado que en el orden existe la posibilidad de ser atendido, mientras que el desorden provoca las violencias y permite los desafueros tumultuarios de que él sería ciertamente la primera víctima como en todas partes sucede.

Ahora bien: la costumbre por un lado, el convencimiento por otro, establecen la división de clases, sin que ninguno se resentia de ella ni trate de alterarla, pues como todos tienen a orgullo pertenecer a alguna, nadie se considera sino en su puesto al dejar de alternar con las restantes. A esto se debe el extraño aspecto que las multitudes presentan a los ojos del observador en aquel torbellino de Londres. Nada mas raro, efectivamente, para el viajero como penetrar a las doce de la mañana en Hyde-Park, creyéndolo solitario, y encontrarse un mundo de elegancia y belleza que a pié los unos, en coche la mayor parte, a caballo infinitos, mas bien que pasear el día en que se les ve, parece que pasean la madrugada de una noche de insomnio. Se hace increíble cómo la aristocracia tradicional, que en otros países duerme a aquellas horas el cansancio de la noche precedente, esté dispuesta en Londres para lucir sus mejores trenes, para correr sus mas bellos caballos, para evidenciarse toda entera ante el puñado de extranjeros que, atraídos por la curiosidad, invaden el parque.

Y es que la aristocracia de apellido aprovecha la ocasión de una hora intempestiva y de un día ordinario para poblar sola aquella enorme extensión de campo, que despues de todo es el único paseo oficial, digámoslo así, de la gran metrópoli. Seguid el parque arriba por espacio de dos horas y a la vuelta encontráis asimismo las avenidas cuajadas de gentes, de carruajes y caballos; pero ya no conocéis a nadie de los que visteis poco há; han desaparecido sin saber cómo y les sustituye otra multitud no menos opulenta y vistosa, que despues de las dos de la tarde viene, no sabemos si a arrojar la primera, ó a invadir el terreno que aquella deja libre en la huida que emprende de la segunda. Es la banca y la alta propiedad, que escogen su hora mas cómoda de paseo, antes que el tumulto de la clase media se desborde por las avenidas del parque, como sucede infaliblemente desde las cuatro; hora en que la banca se retira a su vez, no sin hallarse en el camino al pueblo trabajador que en muchedumbres compactas acude a disfrutar del campo desde las seis en adelante.

Pocos momentos se necesitan pues para observar las profundas divisiones del pueblo de Inglaterra en sus relaciones y trato público sin moverse de un mismo paraje. Pero hay otros sitios donde se nota con mayor evidencia este apartamiento de las categorías que da aspectos tan variados a las multitudes. La sociedad, el teatro, el concierto, la iglesia, el mercado, todo local circunscrito donde la vista puede posarse con detención, ofrece espacio a este género de observaciones, sin que, una vez conocida la clave, haya lugar a dudas respecto al grupo de que se compone cada una de las partes concurrentes. Si es un baile al que se asiste, y la aristocracia de la sangre está sentada, la aristocracia del dinero pasea: si es la ópera el punto de observación, el pueblo no figura en ninguna parte: si la sala de música, los inteligentes y aficionados se reúnen en puesto distinto de la generalidad: si la iglesia, según la hora puede adivinarse el concurso: si el almacén, no compran unos ni en el barrio, ni en la calle, ni en la tienda donde compran los otros. Hasta el traje varia en gran manera, aun dados idénticos tipos de posición y bienes de fortuna, porque no es la moda de unas clases la misma que agrada y se acepta por las demás.

Tenemos así que el aspecto intimo de Londres difiere tanto del de todas las capitales de Europa. Madrid, París, por ejemplo, no pueden dividirse mas que en dos categorías personales: pobres y ricos. Todos los pobres se parecen en sus costumbres, en sus trajes, en sus aficiones: todos los ricos son iguales en su modo de vestir, en su modo de gastar, en la forma con que se presentan reunidos. La mujer al hacerse un traje, el hombre al comprarse una levita, no tienen que decir

quiénes son, sino el dinero que pueden ó quieren invertir: no hay mas que una moda, una elegancia, un tipo; siendo muy comun que, así como en la Fuente Castellana y en el bosque de Bolonia se codean indistintamente todas las clases y se tropiezan los mas lujosos trenes de la aristocracia con el desvencijado carricoche de alquiler, así tambien las galas y prendas de mas lujo no sean siempre los primeros en lucirlas potentados y damas de conocida alcurnia, quienes, por el contrario, suelen gastarlas despues del efecto que con ellas han producido mujeres de ayer mañana y hombres de muy vulgar ó dudosa procedencia. Del mismo modo las multitudes de París y Madrid presentan de ordinario aspectos semejantes, como resultados que son de la mezcla de todas las clases; cuyas diferencias son imperceptibles, cuyos respetos no se significan las unas a las otras, cuya cortesía, por lo mismo, suele no percibirse en el confuso aglomeramiento de la colectividad una y soberana.

Partiendo de esta base, el lector comprenderá perfectamente cuán inusitado sea el golpe de vista que debe ofrecer, a extranjeros ojos sobre todo, una multitud fastuosa de Londres cuando las aristocracias la componen casi exclusivamente. Y esto es lo que sucedía la mañana de que hablamos.

A mas de que el precio de entrada en el palacio de la Exposición era, como dijimos antes, muy elevado, mediaba esta vez la circunstancia de que allí no iba a verificarse ningun acontecimiento de resultados practicos que indujese al pueblo en general a invertir una suma respetable en paseo. Los objetos de la exposición de la industria se habian arrinconado, para dejar anchas vias al círculo de la gente; las maquinas no andaban, los utensilios de curiosa visualidad estaban postergados, no sonaban los instrumentos músicos, no se hacían experiencias, no se daba razón de las cosas como los otros días; y solo una fuente que arrojaba caños de azahar, y un jardín poblado de flores olorosas, y tal cual adorno en los escudos de las naciones, y muchas bandas de música de diversos países tocando aires nacionales, incomprendibles casi todos para cada uno de los que los oían, no eran aliciente bastante, repetimos, para atraer otro concurso que el concurso elegante y deslumbrador.

Componíase este de los expositores premiados; de los comisarios de todos los pueblos; extranjeros ilustres; portadores de billetes de estación ó sea entrada perpetua en el palacio; príncipes concurrentes en la solemnidad venidos de Francia, Bélgica, Alemania, Italia, Egipto y aun mas remotas tierras; miembros del gobierno de las naciones colindantes; embajadores y ministros acreditados; representantes de la prensa del mundo, de los centros sabios; academias, institutos y corporaciones pensadoras; todos los cuerpos del Estado inglés; toda la corte, toda la representación pública, todo lo opulento, en fin, del mas opulento de los pueblos, matizado por diez, doce, veinte mil damas (nosotros no podemos ni calcular su número) que habian dado cita de belleza, de ostentación, de brillo y hermosura para aquel encantado lugar a cuantas mujeres pudiesen ostentárselas.

Son infinitos los españoles que aquel día estaban pre-

sentes en Kensington, y el que dude, por creer exagerado nuestro dicho, puede volverse al que tenga al lado y preguntarle si esas multitudes ideales de que nos hablan las historias antiguas, si esas comarcas en que la mujer, mas que criatura, parece ángel, no son todas pálidias relaciones y quimeras poéticas ante el cuadro del jardín real de horticultura el 15 de julio de 1862. Proverbial es la belleza del tipo británico; de ese tipo que posee tez de nacar y cabellos de oro y dientes de marfil; pero no el marfil, oro y nacar de las églogas bucólicas que tan parecidos son al hueso, estambre y harina de arroz de la vida práctica, sino oro, marfil y nacar tan puros, tan tersos y transparentes como los que producen los arroyos del Missouri ó las profundidades del Océano indico.

Proverbiales son la esbeltez de la forma, la riqueza del tocado, la severidad del ademán, la exquisita pulcritud del conjunto que distingue a la señora inglesa sobre todas las damas de todas partes; y hasta el proverbial defecto tambien de su excesiva rigidez, de su aire poco expansivo, de su trato rigorista y grave en demasia; hasta esos mismos defectos individuales se comprende ya que conspiran a un conjunto imponente y deslumbrador distante quizá de la gracia española y de la coquetería francesa, pero severo como corresponde a la magnífica ceremonia de recompensar el ingenio humano en la metrópoli mayor del universo. Aquellas damas, efectivamente, eran allí un adorno, una exposición, un certámen en que hubiera sido imposible la adjudicación del premio de las Espérides; eran el cortejo que hacia Inglaterra al industrial, al pensador, al filósofo, al artista que habian llevado los productos de su número a Kensington; eran el emblema humano de aquellos otros símbolos materiales de palmas, de laurel, de mirto y encina con que se habian adornado los trofeos de las naciones premiadas en el concurso.

El duque de Cambridge, en su calidad de representante de la reina (porque la reina Victoria queria llorar al príncipe Alberto mientras todos los países cantasen himnos en su honor), el duque de Cambridge, rodeado de los altos dignatarios de la nación inglesa, de los comisarios reales de la exposición, de la compañía promotora del certámen, de los príncipes, ministros y embajadores de los diversos pueblos, apareció sobre la plataforma del trono, que como hemos dicho, se habia elevado en la cúspide de una montaña de agua; y allí, actor único del inmenso teatro que tenía por lucerna el sol, por espectadores el concurso enuniciado, por orquesta la disonante asonancia de cien bandas que desde puntos tan diversos habian venido a entonar en aquel instante el *Dios salve al rey*, que allí significaba *Dios salve a la autoridad de donde emana todo lo que vemos*; el duque de Cambridge, despues de las ceremonias de estilo, autorizó, sancionó y publicó los juicios del Jurado contenidos en un gran volumen impreso que instantáneamente se empezó a vender por entre la apiñada concurrencia, la cual, sin otro motivo de estupefacción que el simplísimo que acabamos de referir, habia permanecido sin embargo muda, encantada, inmóvil, como lo demuestra la exacta fotografía del acto que pudo sacarse desde una de las cúpulas del coloso de Kensington. ¡Tan asombrada habia quedado de sí misma y de la idea que solemnizaba allí!

Despues desfiló por delante del trono, ascendiendo y descendiendo alternativamente por dos anchas graderías laterales, la procesion mas extraña que puede imaginarse, porque al son de una marcha triunfal y con acompañamiento tan deslumbrante ó mas acaso que los que refiere Suetonio de Caligula y Claudio, no pasaban despojos de la guerra, ni trofeos de victorias, ni sartas de esclavos con cadenas, ni carros triunfales arrastrados por tigres, ni coros de doncellas medio desnudas quemando perfumes en honor del soberano que presidia la ceremonia; y eso que aquel soberano tenia 200 millones de súbditos, y bajeles que llegaban a todos los confines del universo, y oro para sembrar, no el circo de Roma, que es bien poco, sino para elevar un monumento representado allí delante por valor de 4,000 millones de duros, y predominio para llamar a su casa una concurrencia como la que habia ido a verle: todo lo contrario; por delante de aquel monarca pasaban solo unos oficiales galoneados que llevaban en alto sencillas banderolas donde se leía *Clase primera*, *Clase segunda*, y hasta treinta y seis clases mas, banderolas semejantes, es cierto, a las de *Senatus Populusque Romanus*, pero que significaban sin duda otros triunfos de los del gran imperio antiguo, pues la correspondencia expresa de los signos misteriosos, según indicaba el libro que se repartía, aun cuando tambien hacia alusiones a la España, y a la Galia, y a los germanos y a los atenienses, iba seguida de motes tan vulgares como *sustancias alimenticias*, *instrumentos de labranza*, *cáñamo y lino*, *productos medicinales* y otros tan groseros como estos; cada una de cuyas enseñas aparecía rodeada de unos pobres hombres vestidos de negro, sin mas adorno que una cinta azul en el ojal, y que confundidos por cierto honor inexplicable, bajaban la cabeza al emparejar con el príncipe, siendo muchas veces ayudados a proseguir la marcha por grandes señores de la corte, por magistrados, por generales, por pontífices del culto divino, que se acercaban cariñosamente a ellos, como si 2,000 años de progreso moral hubiesen trastocado los papeles sociales.

Aquella procesion, desenroscándose despues por las calles floridas del jardín, y atravesando el majestuoso concurso se encaminó a la puerta principal del gran palacio, que revestido todo él de banderolas, atronado por las armonías de los himnos, vivificado por los res-

Problemas de ajedrez.

Solucion del número 38.

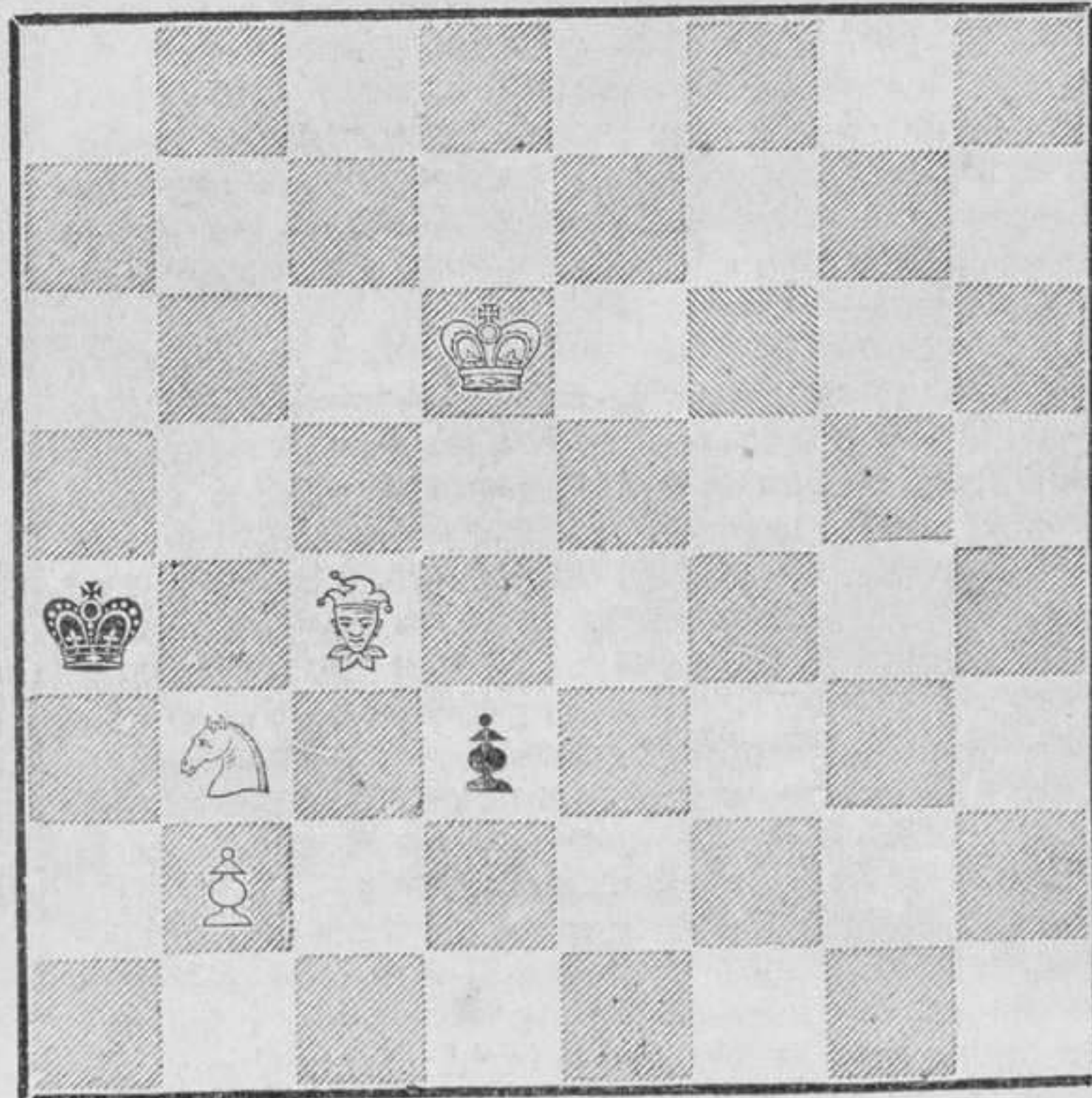
- | | |
|---------------|-------------|
| 1 R 4ª ARa | R 3ª Ra (a) |
| 2 A 5ª CRa | R 4ª R |
| 3 R 3ª Ra | R 3ª Ra |
| 4 C come PCRa | R 2ª R |
| 5 C mate. | |

(a) P 4ª CRa jaque

2 A come P etc.

PROBLEMA NUM. 39, POR M. DURAND (DE LISIEUX).

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

plandores de la clarísima luz que penetraba por sus cúpulas de cristal, embellecido... (no decimos la palabra) peripuesto con los adornos naturales de tanto objeto galán, de tanto utensilio primoroso, de tanta ciencia, de tanta inventiva, de tanta laboriosidad risueñas, se vió invadido de repente, en alas del deseo patriótico que sintió cada cual por apiñarse en el círculo trazado á su país, donde cada música hablaba una lengua, que todas juntas semejaban otra Babel, pero no la soberbia Babel castigada por Dios, sino la Babel industriosa digna del *Deus est machina* de su frontispicio.

Entonces, agrupada cada colonia extranjera al rededor del escudo de sus armas, y hablando todas ellas por la voz de sus músicos (voz que por desdicha no tenía intérpretes para los pechos españoles); oyendo sonar unos sus cantos nacionales, diremos, y preludiandolos otros en su imaginación, todos vimos deslizarse la comitiva por la extensa nave del palacio, orgullosos con tener un puesto en aquel certamen, con tener algunas páginas en aquel libro, con ser objeto de algunas consideraciones de aquel concurso; y esto en cuanto á la patria, que por lo que hace á la persona del que contemplaba, estamos seguros de que cada uno se tendría por dichoso con haber formado un átomo de aquella indescriptible multitud.

¿Qué premios obtuvo España en ese día?

No creemos que sea esta la oportunidad de decirlo.

Don Francisco Solano Lopez,

NUEVO PRESIDENTE DEL PARAGUAY.

Don Francisco Solano Lopez acaba de ser llamado á reemplazar en el puesto de presidente de la república del Paraguay á su padre, que por un testamento místico y en virtud del derecho que le concedía la Constitución, le había designado para sucederle, hasta la época de la reunión del Congreso.

El nuevo presidente del Paraguay nació en Asunción en 1827, y era últimamente brigadier general de los ejércitos de la república, ministro de la Guerra y de la Marina.

Don Francisco Solano Lopez hizo un viaje en 1853 á Francia, Inglaterra y Cerdeña para cangear las ratificaciones de los tratados concluidos ya entre esos Estados y el gobierno del Paraguay.

A consecuencia de las dificultades que sobrevinieron con el Brasil, fué nombrado ministro plenipotenciario, y firmó el tratado que puso fin á todas las discusiones. E. T.

Temporales

EN MARSELLA.

Marsella ha sufrido en los últimos días de noviembre los efectos de un temporal espantoso. En la rada los estragos han sido grandes, y dentro de la ciudad ha habido que deplorar el hundimiento de algunas casas. Hasta ahora se cuentan nueve totalmente destruidas, y entre ellas la que se ve representada en nuestro dibujo. La lluvia que ha caído en grande abundancia venía mezclada de gránizo. Hé aquí una correspondencia del 25 que da algunos pormenores sobre estas desgracias:



DON FRANCISCO SOLANO LOPEZ,
nuevo presidente de la república del Paraguay.



Hundimiento de una casa en Marsella.

«Hace dos días que el golfo está intransitable. Una terrible tormenta acompañada de un violento oleaje, ha causado en la rada varios siniestros deplorables. Empujados por las olas y rompiendo todas las amarras, los buques que estaban en cuarentena han chocado violentamente entre sí, y seis de ellos han naufragado en las escolleras y aun en el puerto de la cuarentena.

Entre los buques que se han perdido por completo se citan dos españoles, la *Panchita*, capitán Bosch, y la *Escolástica*, capitán Selma, que acababan de llegar de la Habana con cargamento de azúcar. El primero ha sido destrozado después de haber perdido sus mástiles, y el segundo, después de haber perdido también su arboladura, se ha sumergido tan profundamente, que no se espera sacarlo. Los otros cuatro buques no estaban en cuarentena; habían sido despachados el día anterior del puerto de Marsella, pero la tormenta les había obligado á retroceder para buscar un refugio en el Frioul. Son un francés, el *Notre-Dame-de-la-Garde*, capitán Revello, que se dirigía á Gibraltar; un austriaco, el *Allegranza*, capitán Escollesi, que se dirigía á Trieste con cargamento de azúcar; y dos italianos, el *San Antonio Abad*, capitán Castigliola, que iba á Civitavecchia con cargamento de carbon, y el *San Giovanni*, capitán Giovanni, que se dirigía á Barcelona.

Las oleadas eran tales que cubrieron el pequeño faro levantado en el Canoubier, entre la isla de If y el puerto de Marsella.

Cerca de este punto ha habido grandes desastres en la ensenada de los Catalanes; el agua se ha llevado parte de los gabinetes de baños de mar establecidos en aquel sitio tan pintoresco.

Las copiosísimas lluvias que tenemos en tierra y el huracán del S. O. que las acompañaba, han causado averías en muchos puntos; varias casas en construcción han quedado derruidas.

No se habla de muerte alguna ocurrida en los naufragios del Frioul. Bajo las ruinas de una barraca de la ciudad han muerto dos operarios.

El camino de hierro de Montpellier á Certe está cubierto por las aguas, y el telégrafo está interrumpido.

Esta madrugada á las cuatro se ha hundido una gran casa que se estaba construyendo en el barrio de San Lázaro; al venir abajo la pared maestra, ha aplastado una casita inmediata, habitada por dos piamonteses.

Estos infelices fueron extraídos ya cadáveres y conducidos al depósito, en el cementerio. A las seis llegaron los bomberos, y los habitantes de otras tres casas contiguas tuvieron que abandonarlas en medio de un terror indescriptible. A las once acabó de hundirse con grande estrépito todo lo que quedaba en pie de estos edificios.

Un poco más lejos se ha hundido otra casa, sepultando entre sus ruinas á un matrimonio, cuyos hijos se hallaban ausentes por fortuna. El padre pudo ser extraído con vida, pero con ambas piernas fracturadas; en cuanto á la mujer, no había sido hallada todavía á pesar de los grandes esfuerzos practicados.

En el mismo barrio se ha hundido también otra casa de cuatro pisos en estado de construcción, pero sin que ocurriera ninguna desgracia personal.

A la fecha de las últimas noticias los efectos de esta horrorosa tormenta habían cesado. X.